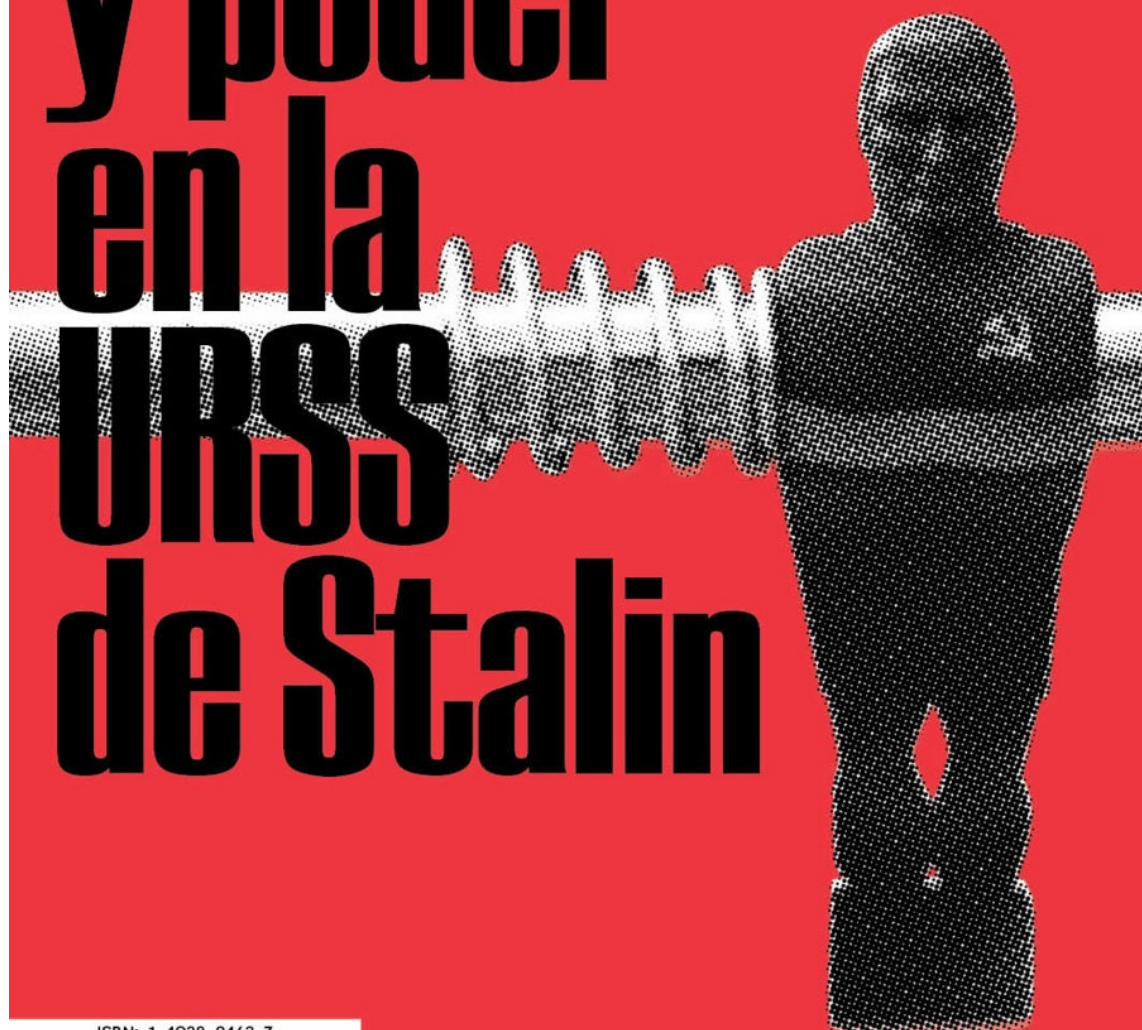


MARIO ALESSANDRO CURLETTO

Fútbol y poder en la URSS de Stalin

Prólogo
de Carlos Taibo

Traducción
de Alfonso Zuriaga



ISBN: 1-4028-9462-7



7 713042 370606

altamarea

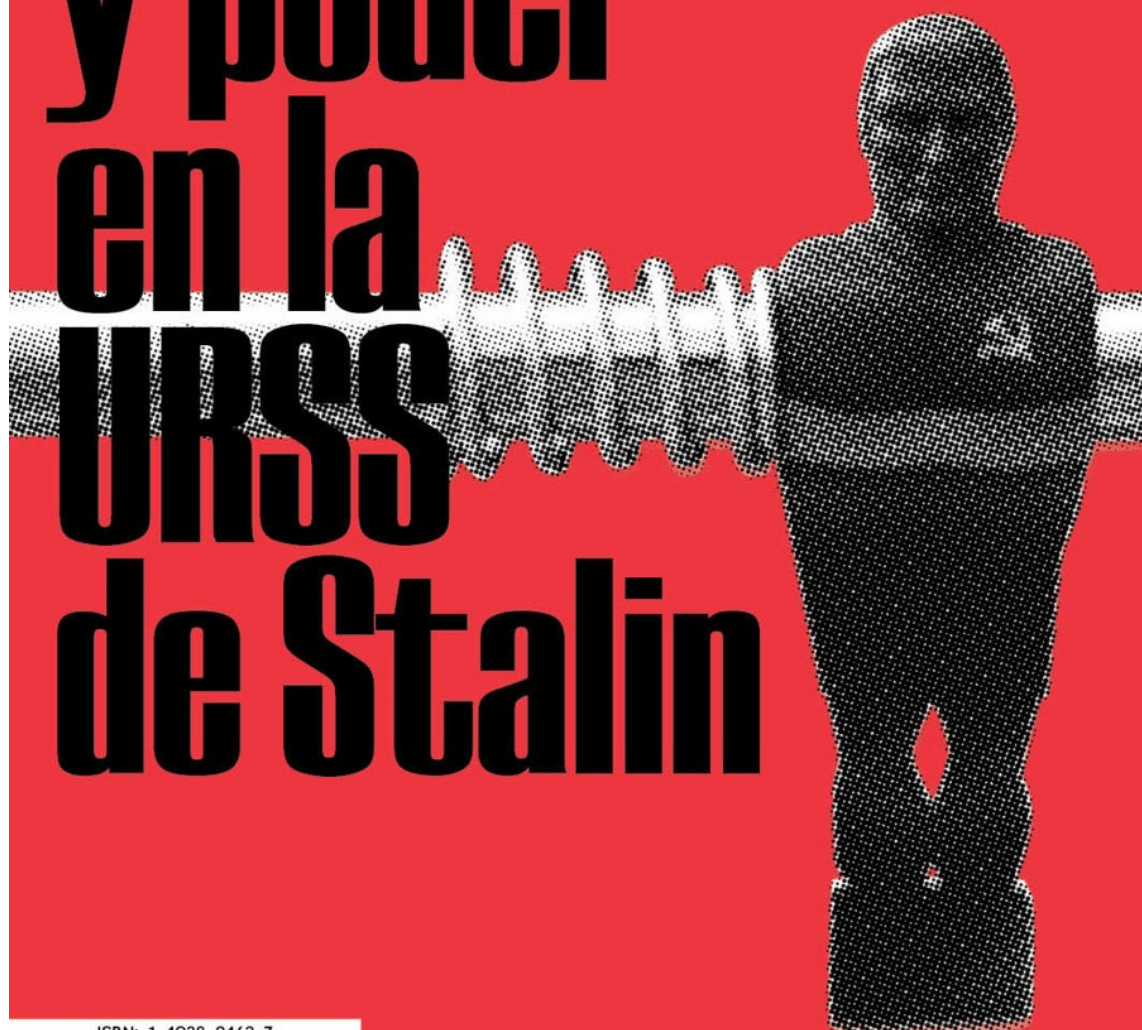


MARIO ALESSANDRO CURLETTO

Fútbol y poder en la URSS de Stalin

Prólogo
de Carlos Taibo

Traducción
de Alfonso Zuriaga



ISBN: 1-4028-9462-7



7 713042 370606

altamarea



ПОСТАНОВЛЕНИЕ № 45

ПРЕЗИДИУМА ВСЕСОЮЗНОГО СОВЕТА ФИЗИЧЕСКОЙ КУЛЬТУРЫ
ПРИ ЦИК СССР от 19 апреля 1935 г.

"Об организации добровольного физкультурного
об-ва "СПАРТАК" в системе Промысловой Кооперации"

1. Утвердить представленный устав об-ва "Спартак"
и положение о центральном совете.

2. Представленный проект формы, флага, эмблемы и
билета об-ва "Спартак" утвердить.

3. Утвердить председателем Оргбюро об-ва "Спартак"
тов. Василевского К.В.

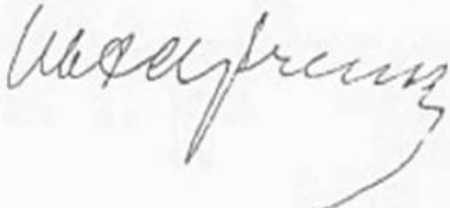
4. Предложить Областным, Краевым и Республиканским
Советам физкультуры обеспечить практическую помощь и
систематическое руководство в деле организации и
деятельности об-ва "Спартак".

5. Предложить Оргбюро об-ва "Спартак" немедленно
приступить к организационному оформлению центрального
совета и своих местных организаций и приступить к
подготовке созыва Всесоюзного съезда об-ва "Спартак".

ПРЕДСЕДАТЕЛЬ ВСФК при ЦИК СССР:

19/IV 352. /В.Н.МАНЦЕВ/ 

ОТВ. СЕКРЕТАРЬ ВСФК при ЦИК СССР:

/И.И.ХАРЧЕНКО/ 

W
A
L
M
A
M
A

Primera edición: abril de 2018

Segunda edición: marzo de 2020

Título original: Spartak Mosca. Storie di calcio e potere nell'Urss di Stalin

© 2015 Fila 37 Srl

© de la presente edición: Altamarea Ediciones C.B.

altamarea.es

© de la traducción: 2018 Alfonso Zuriaga

© del prólogo: 2018 Carlos Taibo

Foto de cubierta: Stefan Steinbauer

Diseño de la colección: Ricardo Juárez

Corrección y maquetación: Guillermo Pérez

eISBN: 978-84-121103-7-1

MARIO ALESSANDRO CURLETTO

Fútbol y poder en la URSS de Stalin

Traducción
de Alfonso Zuriaga

Prólogo
de Carlos Taibo

Índice

Prólogo, por Carlos Taibo

[Fútbol y poder en la URSS de Stalin](#)

[Introducción](#)

I.Presnya

II.El football llega a Rusia

III.Prehistoria del Spartak

IV.Una larga transición

V.Espartaco

VI.La Plaza Roja

VII.Los vascos

VIII.Beria

IX.El arresto

X.El gulag

XI.Vasili Stalin

XII.La segunda vida

[Notas](#)

[Palmarés](#)

[Bibliografía](#)

CARLOS TAIBO

Prólogo

Prólogo

En más de una ocasión he subrayado que a menudo sucede que es la historia de gentes que están, al menos a primera vista, lejos del poder y de la fama la que arroja más luz sobre el sentido de fondo de los hechos que se nos antojan de relieve, sobre todo en los momentos convulsos. Ciertamente es que la historia que se cuenta en el libro que el lector tiene entre sus manos no se ajusta puntillosamente a esa exigencia. Y es que, al fin y al cabo, su protagonista, Nikolái Stárostin, fue un deportista tan conocido como celebrado. Aun con ello, y sin embargo, me parece que la peripecia de la vida de Stárostin en los años duros del estalinismo da cuenta de manera convincente de lo que ocurría, lejos de los cenáculos de poder, en hogares y fábricas, en la sociedad soviética de aquellos años. Si tengo que enunciar lo anterior de otra manera, diré que, siendo evidente que este libro no afronta de forma puntillosa ni ordenada la historia de la URSS en unas décadas cruciales —no hay en él quintales de trigo ni reuniones del Comité Central del partido ni desfiles del Ejército Rojo—, sus páginas ofrecen un retrato muy singular, y muy vivo, de las grandezas y de las miserias de una etapa que ha sido encarada, a menudo sin éxito, desde las perspectivas más dispares.

Debo poner sobre aviso al lector, en otro terreno, de que no va a encontrar en esta obra una historia del que acaso ha sido, durante mucho tiempo, el más genuinamente popular de los equipos de fútbol soviéticos, primero, y rusos, después: el Spartak moscovita. Esta es, antes bien, la historia de los hermanos Stárostin, y en particular la del más connotado de ellos, el ya mencionado Nikolái. Como pronto podrá apreciarse, no falta en estas páginas el relato épico de los comienzos de un club que, a diferencia de otros, no surgió de las instancias de poder. Se topará el lector, por el contrario, con el empeño de un grupo de amigos que dedicaron tiempo y recursos a la tarea, bien es cierto que con apoyo en el Komsomol, en las juventudes del Partido Comunista. Y encontrará también, por cierto, los problemas que el fútbol, un deporte de entusiasmos y violencias a menudo desbocados, planteaba a las autoridades soviéticas en la década de 1920.

Pero, si lo que acabo de señalar forma parte de una historia común a muchos equipos de fútbol en muchas latitudes, no puede escapárenos el relieve de los ingentes tributos que hubieron de pagar tantos ciudadanos soviéticos, y entre ellos los Stárostin, en las décadas de 1930, 1940 y 1950. Piénsese, por ejemplo, y me ciño ahora al mundo del fútbol y de sus reglas, en la obligación, insorteable, de derrotar a equipos extranjeros, modelada sobre la base de las obsesiones de un sinfín de burócratas temerosos de los caprichos despiadados de quienes tenían por encima. La presión derivada de la necesidad de representar al país en un régimen tan represivo como irracional queda bien retratada al amparo del tenso viaje que los jugadores del Spartak hubieron de realizar a París en 1936 para enfrentarse al Racing local o del polémico encuentro disputado contra una selección de jugadores vascos en 1937.

No está de más que rescate, con la misma vocación, la rivalidad del Spartak con el Dinamo moscovita, que trascendía lo meramente deportivo, con la trastienda de una confrontación paralela del primero con la NKVD, la policía secreta, y, más allá de esta, con los intentos de manipulación de resultados que habría protagonizado —según se explica en este libro— el propio Beria. En un escenario marcado por un temor al enfado de los de arriba, que infelizmente no podía ser calificado de patológico, menudean historias que invitan a soltar la imaginación. Ahí están, para certificarlo, el partido organizado por el Spartak, en presencia de Stalin, en la Plaza Roja de Moscú; el amistoso disputado en Stalingrado para conmemorar la liberación de la ciudad, o la presencia del fútbol en la vida cotidiana de los gulags siberianos.

Por pintorescas y emotivas que puedan ser esas historias, lo suyo es que las vincule con el peso ingente de una represión que despuntaba por todas partes. De ella dan testimonio, por ejemplo, y en el caso de los hermanos Stárostin, acusaciones muy singulares, que a duras penas eran imaginables en el caso de ciudadanos soviéticos comunes. Retendré entre ellas la de complacencia con el modo de vida burgués y la del cobro, por parte de los jugadores, de sumas de dinero, por modestas que estas fuesen. En el caso de Nikolái, y tal y como recuerda Curletto, bien pudo darse con un canto en los dientes al certificar que le había tocado en suerte una condena de solo diez años de campo de trabajo. Al igual que en tantos otros casos, el calvario de nuestro héroe no terminó, sin

embargo, con la excarcelación, sino que prosiguió al amparo de restricciones e incertidumbres que duraron, en los hechos, hasta 1955. Y que lo hicieron merced a penas y destierros compartidos, en la distancia, con los hermanos. Para que nada faltase, y de la mano de una historia de resabios literarios, la vida de Nikolái Stárostin se cruzó, como se verá, con la de Vasili, el hijo de Stalin, entregado a un permanente forcejeo con otros poderes que de nuevo se antoja un retrato fidedigno de lo que sucedía, con caprichos y contradicciones de por medio, en la elite dirigente en la Unión Soviética. Si así se quiere, la capacidad que este libro arrastra en lo que hace al retrato de grandes flujos históricos se cierra de la mano de un episodio más de la peripecia de los Stárostin: la estabilidad y la tranquilidad que finalmente ganaron tras la muerte de Stalin, con Jruschov, y, también, y bien es verdad que con otros caracteres, con Brézhnev, sin que el terror de masas, por fortuna, reapareciese.

Se dispone el lector a hincarle el diente a la historia de un deportista al que el fútbol encumbró, luego condenó y a la postre acabó salvando. Me da que pocos relatos similares puede ofrecer un deporte que ha acogido en su seno todas las grandezas y todas las miserias.

CARLOS TAIBO

**Fútbol
y poder
en la
URSS
de Stalin**

En memoria de mi esposa, Elena Buvina.

Introducción

El Spartak de Moscú era el único equipo de fútbol soviético que disfrutaba de un auténtico y profundo seguimiento popular. Este no se limitaba a la capital, sino que se extendía por el inmenso territorio de todo el Estado, excluyendo, quizá, a Ucrania y Georgia, donde la afición por el Dinamo de Kiev y el Dinamo Tbilisi era además un medio de expresión de sus respectivos orgullos nacionales, del deseo de diferenciarse en cierto modo de Rusia.

Con la disolución de la Unión Soviética, la situación no cambió demasiado; es más, la pasión por el Spartak de Moscú se convirtió en un elemento unificador para las poblaciones de etnia rusa establecidas más allá de las fronteras nacionales: hoy en día (en los años de la Unión Soviética su constitución estaba prohibida por la ley) existen peñas del Spartak de Moscú desde Kaliningrado hasta Vladivostok y Baikonur (Kazajistán), y también en otros países, como Israel.

Para comprender los motivos de esta popularidad es necesario remontarse a los orígenes, a principios de los años veinte, cuando, en un barrio obrero de la ciudad de Moscú, un grupo de jóvenes fanáticos del fútbol creó un equipo propio. Y lo creó en el sentido más amplio de la palabra, porque, además de fundar la sociedad, construyó también, con sus propias manos y dinero de su bolsillo, las instalaciones deportivas (terreno de juego, tribunas, vestuarios, etcétera).

A este equipo de barrio, tenazmente constituido pese a las numerosas adversidades que se encontró por el camino, le tocó a partir de mitad de los años treinta la ingrata tarea de enfrentarse al dominio de los clubes militares, con el Dinamo (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) y el CDKA (Ejército Rojo) a la cabeza.

Es difícil establecer hasta qué punto un rol antagónico como este fue deliberadamente buscado; no cabe duda, sin embargo, de que ello le costó muy caro tanto al Spartak como a sus fundadores, que no salieron indemnes de la época de las grandes represiones estalinistas. Fueron justo los dramas (a veces incluso tragedias) personales, unidos a los triunfos deportivos, los responsables de la leyenda del Spartak de Moscú, la epopeya del «equipo del pueblo».

En el breve relato aquí propuesto se pretende seguir la formación de este mito desde su origen y a través de los acontecimientos, a veces célebres, a veces dolorosos, que protagonizó durante los años de la Unión Soviética.

I.

Presnya

Presnya es hoy un céntrico barrio de Moscú, ubicado cerca de la sede del Gobierno federal, la Casa Blanca de Rusia, que vivió momentos de angustiosa popularidad mediática a nivel mundial a principios de los años noventa, durante los convulsos días en los que se decidió el destino político e institucional de la Unión Soviética primero y de Rusia después.¹ Su aspecto actual, con un zoo (su única y modesta atracción turística) asediado por salas de exposición e inmensas vías de circulación teóricamente rápidas, hace casi imposible encontrar huellas de su antiguo y glorioso pasado obrero. Y, sin embargo, las primeras fábricas se habían establecido ya a finales del siglo xviii, y a principios del siglo xx Presnya (que debe su nombre a un pequeño río hoy canalizado y cubierto) contaba con más de 70 establecimientos industriales y más de 135.000 habitantes. En general, las familias eran numerosas, y los jóvenes que todavía no alcanzaban la edad para trabajar pasaban la mayor parte de su tiempo en la calle, donde a diario se organizaban peleas.

Esta práctica cotidiana adquiría formas rituales y solemnes durante los domingos de invierno, en los que, sobre un Moscova helado —allí donde hoy se alzan el Hotel Ucrania, en la orilla derecha, y la ya mencionada Casa Blanca, en la izquierda—, se daban cita un centenar de luchadores de Presnya y otros tantos del barrio adyacente de Dorogomilov. Normalmente las hostilidades se iniciaban alrededor de las diez de la mañana y duraban hasta bien entrada la tarde. Pese a su apariencia de batalla campal, en realidad se respetaban tácitamente (bajo pena de marginación deshonrosa) una serie de reglas precisas: luchar siempre uno contra uno, golpear solo con las manos (cubiertas con guantes) y nunca bajo la cintura, no cebarse con un adversario tendido en el suelo y no perseguirlo en caso de que se retirara hacia su «propia» orilla del río, reconociéndose así derrotado. Además, los abrigo y chaquetones pesados (desabrochados para facilitar los movimientos de los combatientes) y los gorros con orejeras, bien ajustados sobre la frente, atenuaban las consecuencias de los golpes recibidos.

Los primeros en batirse eran los escolares de diez a doce años, seguidos por los adolescentes y luego por los mayores, en un crescendo de edad y pathos. En el momento álgido, normalmente sobre las tres o las cuatro de la tarde, cuando ya se enfrentaban hombres hechos y derechos —por norma general jóvenes obreros de las fábricas—, se reunían en las dos orillas miles de espectadores: algunos, simples curiosos; otros, auténticos apasionados de ese tipo de espectáculo. Los luchadores adultos eran solo unos veinte por facción, de forma que el público era capaz de seguir los duelos que se desarrollaban simultáneamente en la pista de hielo, separados por solo cinco o seis metros los unos de los otros. Por supuesto, cada barrio tenía sus propios campeones, idolatrados por toda la población juvenil.²

En estas batallas solían participar los tres hermanos Stárostin: Nikolái, Aleksandr y Andréi, nacidos en 1902, 1903 y 1906 respectivamente. Un cuarto, Piotr, se quedaba al margen por ser todavía demasiado joven: había nacido en 1909. Los cuatro hermanos Stárostin, así como sus dos hermanas, Klavdiya y Vera, habían nacido y vivían en Presnya, pero en el barrio representaban, en cierto modo, una excepción sociológica, puesto que no pertenecían a una familia obrera. Por otra parte, tampoco eran hijos de propietarios: eran hijos de Piotr Ivanovich Stárostin, cazador profesional de los cotos imperiales, y de Aleksandra Stepanovna Sacharova, ama de casa. Vivían en el Bastión Presnensky, una casita de madera propiedad de la Sociedad Moscovita de la Caza dedicada al emperador Alejandro II. En esta humilde residencia también vivía, con su mujer y su único hijo, Dmitri Ivanovich Stárostin, cazador de la misma sociedad a la que pertenecía su hermano. Cada familia tenía a su disposición dos habitaciones, pero compartían la cocina. Originarios de la provincia de Pskov (en el noroeste de Rusia), los Stárostin eran cazadores desde hacía varias generaciones y viejos creyentes desde hacía siglos, gente acostumbrada a acatar reglas severas como la renuncia total al alcohol, al tabaco y a todo género de obscenidades verbales. Para ellos, cazar desde el alba hasta el atardecer con sus perros, con los que recorrían unos treinta kilómetros entre bosques y cenagales, representaba su rutina diaria.

Creer en este ambiente patriarcal y arcaico sin duda tuvo que influir en la personalidad de los hijos ya a partir del primogénito Nikolái, quien, desde la

adolescencia, había manifestado una tendencia a orientar su irrefrenable pasión por la actividad física y la competición hacia pasatiempos menos tradicionales y «nobles» que la caza. Se interesaba por todas las incipientes disciplinas deportivas en las que tenía posibilidad de involucrarse: carreras, patinaje sobre hielo, hockey y fútbol, además, naturalmente, de las ya citadas riñas callejeras, de cuya experiencia sacó gran partido cuando comenzó a practicar boxeo; su fortaleza en el ring lo convirtió en 1920, y con solo dieciocho años, en campeón juvenil de la ciudad de Moscú en la categoría de semipesados.

Para los jóvenes de Presnya, la única alternativa válida a las «batallas caballerescas» de aquel tiempo la constituyó el fútbol. De hecho, en los primeros años postrevolucionarios acabó sustituyéndolas por completo.

II.

El football llega a Rusia

El football había desembarcado en Rusia a finales del siglo xix; los primeros partidos abiertos al público se habían disputado en San Petersburgo en 1898, mientras que a Moscú llegaron solo en 1901. En estos años iniciales, como en el resto de Europa, la influencia de los maestros ingleses fue determinante. Términos como football, hands, offside, corner o out habían penetrado rápidamente en el uso común tanto de los jugadores como de los espectadores. Pero dicha influencia no se limitaba a la terminología; durante los primeros años del siglo xx en los equipos rusos comenzaron a proliferar jugadores británicos. Los riquísimos empresarios Morozov publicaban en los periódicos ingleses anuncios en los que se ofrecían puestos de trabajo para sus industrias de Oréjovo-Zúyevo, en los suburbios de Moscú, para ingenieros, empleados y obreros especializados que supieran jugar bien al fútbol. Jugadores como McDonald, Greenwood y sobre todo los hermanos Charnock, unidos a una buena base local, habían provocado que se conociera al equipo de Oréjovo-Zúyevo como «el terror de Moscú». La moda inglesa afectaba también a las equipaciones: desde 1907 en los grandes almacenes Mur y Meriliz se vendían equipaciones de fútbol y balones de cuero importados de Gran Bretaña. En 1909 se fundaron los dos primeros clubes futbolísticos de Moscú: el Sokol'niceski Klub Sporta (Club Deportivo de Sokol'niki) y el Unión, filial de la homónima sociedad ya existente en Riga. En otoño de ese mismo año, vio la luz la Liga de Fútbol Moscovita, formada por nueve clubes.¹ La primera liga ciudadana (1910) fue conquistada, confirmando todos los pronósticos, por el equipo de las fábricas de Morozov, el Oréjovo-Zúyevo, gracias a sus fichajes extranjeros.

En esta fase inicial las dimensiones del rectángulo de juego eran extremadamente variables, y en todo caso alejadas de lo que hoy podríamos considerar un estándar aceptable. Por otro lado, el precio de las entradas era más bien elevado, de manera que el football de clubes se fue consolidando como un espectáculo reservado casi en exclusiva a las clases media y medio-alta.

En realidad, en Moscú los clubes no podían presumir ni de la paternidad ni de la exclusividad del fútbol «oficial»: desde 1907 se disputaba el torneo ciudadano reservado a los equipos de los institutos académicos, cuyos partidos por lo general congregaban a más espectadores que los del campeonato de clubes. Además, muchos jugadores se exhibían en ambos torneos; entre ellos, Pável Kanunnikov, quizá el mejor exponente del fútbol moscovita prerrevolucionario, que lideraba las líneas de ataque tanto del Novogireevo como del Instituto Comercial Imperial, el mejor de entre los equipos estudiantiles. Puede parecer curioso el hecho de que los únicos capaces de contrastar la supremacía de los «imperiales» fueran los popes, nombre atribuido por los aficionados al conjunto del Seminario.

La pasión futbolística era en aquella época tan intensa y se había difundido con tal fuerza que no podía limitarse a las formas institucionalizadas. En los patios y en los descampados de la periferia se imponía el «fútbol salvaje» (dikij futbol); aquí los equipos ya estaban por lo general preconstituidos, pero los enfrentamientos, improvisados y acérrimos, terminaban con frecuencia a puñetazos. De este fútbol popular, jugado con cualquier tipo de calzado o incluso descalzos, provenían muchos de los mejores talentos de la liga de clubes. A veces se reclutaban formaciones enteras, como sucedió con un equipo de una barriada obrera, el Rogozskaja Zastava, que después de haber ganado un torneo de «fútbol salvaje» organizado por la revista K sportu pasó en bloque a defender la camiseta del Novogireevo.

Aun reforzado por un entusiasmo y por una popularidad en rapidísimo crecimiento, el fútbol ruso seguía todavía en fase de gestación cuando, en 1912, los Juegos Olímpicos de Estocolmo lo invitaron a participar por primera vez en su historia en competición internacional. Los jugadores rusos de primera generación se encontraron frente a adversarios mucho más experimentados, expresión de tendencias futbolísticas ya consolidadas. El resultado, totalmente predecible, fueron dos derrotas contra Finlandia y Alemania, esta última con un marcador que la prensa acogió como un ultraje al orgullo nacional ruso: ¡0-16!²

El mismo tono nacional-patriótico tuvieron los comentarios de los dos adultos de la residencia Stárostin, por lo demás poco interesados en esa moderna excentricidad llamada deporte. Sobre todo de Dmitri (conservador hasta la médula), quien consideraba escandaloso y ridículo que jóvenes que habían alcanzado ya la edad de la razón se mostraran en público correteando detrás de una pelota con las piernas desnudas. En cambio, la opinión de Nikolái y Aleksandr, sobrinos de Dmitri, era diametralmente opuesta. Ambos jugaban ya al fútbol en las calles de Presnya, y de ahí a pocos años comenzaron a participar en los desafíos de «fútbol salvaje» en el colindante barrio de Chodynka, mejorando sus prestaciones y usando un auténtico balón de cuero con cámara de aire. No tardaron mucho en dar el paso a la siguiente etapa, la del football de clubes. «Pisé por primera vez un verdadero campo de fútbol, aunque fuera primitivo, cuando tenía dieciséis años, en la primavera de 1918. El campo se llamaba Gorjucka y se trataba de un descampado abandonado bien conocido en las inmediaciones, detrás del actual jardín zoológico; el equipo era el RGO (Russkoe Gimnasticheskoe Obschestvo, Sociedad Gimnástica Rusa)».³ Así, con el laconismo que le caracteriza, Nikolái Stárostin recuerda ese momento crucial de su vida. De hecho, el fútbol sería protagonista de su propio destino, determinando por completo su larga y en cierta medida memorable existencia, causa tanto de su desgracia como de su salvación.

Casi anticipando las extraordinarias dotes organizativas de las que hizo gala en los años sucesivos, fue el mismo Nikolái, junto con su hermano Aleksandr, quien propuso Gorjucka como solución a los problemas logísticos del RGO; y es que el club, aun destacando en otras disciplinas como el patinaje y pese al empeño del secretario Nikolái Micheev, no conseguía desarrollar su sección futbolística al no disponer de un terreno de juego propio.

En este caso específico el fútbol desempeñó accidentalmente también un papel de rehabilitación social. Ubicado justo frente al miserable Sirokovka, un grupo de casas viejas en las que encontraban refugio delincuentes habituales, el descampado abandonado llamado Gorjucka se había convertido en sede de juegos de azar y de otras muchas actividades ilegales, y se encontraba bajo la

vigilancia constante de centinelas listos para avisar de la llegada de los guardias. El alquiler del terreno por parte del RGO, la disposición de las porterías, la construcción de los vestuarios («similares a un cobertizo para los trastos», precisa Andréi, el tercero de los hermanos Stárostin)⁴ y las encarnizadas batallas deportivas de sol a sol produjeron una sensible reducción de la población criminal en la zona. Ciertamente, en aquella época nadie podía imaginar que justo ese lugar tradicional de congregación de bandidos sería testigo de los primeros pasos de la historia —o, al menos, de la prehistoria— del equipo de fútbol más popular y amado de toda la Unión Soviética.

Los días del Imperio ruso estaban contados, y la conformación de la Unión Soviética, a la vuelta de la esquina. Llegó el decisivo año 1917, con las revoluciones de febrero y octubre, la victoria de los bolcheviques y la instauración del poder de los obreros y los campesinos.

III.

Prehistoria del Spartak

Los dos, tres años siguientes, aquellos de la guerra civil y del comunismo de guerra, fueron terribles para el pueblo ruso, incluyendo naturalmente a la familia Stárostin. Para no morir de hambre, gran parte de la familia se refugió en el campo, en Pogost, pueblo natal de la madre, en la región de Vladimir; solo el padre y los dos hermanos mayores, Nikolái y Aleksandr, permanecieron en Moscú, donde la carestía era tal que, como escribe Nikolái en sus memorias, «un cuadro de Levitan se cambiaba por un saco de harina o de patatas».¹ En 1920, mientras atravesaba Pogost para llevar a su familia dos sacos de harina obtenidos a cambio de su fusil, el padre, Piotr Stárostin, enfermó de tifus y murió; en ese momento toda la responsabilidad, también económica, recayó en el nuevo cabeza de familia, Nikolái, que tenía apenas dieciocho años y acababa de diplomarse como agente comercial especializado en lenguas extranjeras.

Tras regresar a Moscú desde Pogost en el verano de 1920, Andréi, de doce años, se alegró de encontrar de nuevo a niños que, como antes, daban patadas al balón en la calle delante de su casa; en el campo nadie conocía este deporte, y de nada había servido su esfuerzo por difundirlo entre los hijos de los campesinos. Mientras tanto, en Moscú, el fútbol entendido como entretenimiento organizado se hacía más accesible: «Nicolái me dijo que en cualquier momento podía ir al estadio, inscribirme en un club y jugar cuanto quisiera. No era como antes, cuando para convertirse en socio de un club deportivo hacía falta presentar referencias y pagar cinco rublos de oro como cuota de inscripción».

En efecto, los clubes superaron indemnes los trastornos de la guerra civil, pero no fueron tan afortunados muchos de sus miembros, pertenecientes a la clase burguesa; así, se crearon, a través de un proceso «espontáneo», nuevos espacios para personas de origen humilde para las que en época prerrevolucionaria había resultado imposible acceder a las sociedades deportivas por motivos

económicos.

Pero en Presnya, rebautizado como Krasnaja Presnya (Presnya Roja) debido a sus méritos revolucionarios,² había quien cultivaba un proyecto más ambicioso: crear una sociedad deportiva nueva, de carácter íntegramente popular, y reunir en ella a todos los habitantes del barrio y sus alrededores que practicasen diferentes deportes. El grupo promotor se formó en el instituto técnico-profesional anexo a la fábrica más grande de la zona, la Trëchgornaja,³ sobre todo gracias al entusiasmo y al espíritu de iniciativa de Ivan Artemev, uno de los personajes destacados del fútbol moscovita en época prerrevolucionaria, jugador del Novogirevo, del KFS (Kruzok Futbolistov «Sokol'niki», Círculo de Jugadores «Sokol'niki»), y de la iniciativa ciudadana. El club debía, según la tradición, fomentar diferentes disciplinas deportivas, pero a Ivan Artemev le interesaba sobre todo el fútbol, al que se sentía unido por una pasión casi fanática; la fortuna le sonrió, ya que algunos de los mejores jugadores de la capital vivían justo en Krasnaja Presnya y vieron con buenos ojos el plan de Artemev. Del KFS llegaron, además del propio Ivan y sus hermanos, Mizger, Tikston y los hermanos Kanunnikov; del RGO, los hermanos Stárostin y Kvasnin; y del SKS Prokofiev, Maslov y Chajdin, cuyos nombres eran los más conocidos para el público de la época.

Una vez incorporados los jugadores, se podía pasar al segundo elemento fundacional del proyecto: la construcción de un terreno de juego. De ello se encargó, de nuevo, Ivan Artemev, que obtuvo del comité de barrio del Komsomol⁴ el permiso para fundar la nueva sociedad y la adjudicación de un terreno abandonado situado en los alrededores de la barrera Presnenskaya para construir las instalaciones deportivas. Las dificultades más serias fueron de tipo económico. De esta manera resumía la cuestión Ivan Artemev treinta años más tarde:

Estaban todos entusiasmados [en el comité del Komsomol]. Pero cuando empezaron a pedir dinero para dotar al campo de fútbol de vestuarios, tribunas y un cercado para tener un estadio con las mismas condiciones que los demás

equipos de la liga, estos se negaron en rotundo:

—Pídanos todo lo que quiera, excepto dinero. No tenemos, y no habrá hasta dentro de bastante tiempo.

—Denos entonces una casa. Una casa cualquiera, de madera, que quieran demoler. Nos encargamos nosotros. Con los materiales de la demolición construiremos lo que necesitamos.

—Pueden disponer de hasta cinco de esas casas.

—Necesitaremos también una sede.

—¿Para qué?

—Para organizar espectáculos de beneficencia. Con los ingresos pagaremos a los carpinteros. Las excavaciones las hacemos nosotros, pero para construir los vestuarios se necesitan carpinteros.⁵

En vista de que no implicaba gasto alguno, aceptaron la petición para organizar espectáculos benéficos en nombre del comité del Komsomol de Krasnaja Presnya. Gracias al documento oficial Ivan Artemev pudo disponer de la cocina de la fábrica Trëchgornaja, el local más grande de los disponibles en el barrio, donde el mismo Lenin había hablado a los obreros. Para elevar el nivel de los espectáculos se contrató también a artistas de profesión, músicos y actores, pero el plato fuerte de los eventos lo constituían las exhibiciones deportivas, y sobre

todo los partidos de fútbol. Entre las personalidades más famosas destacaba por su polivalencia Kvasnin, quien era capaz de subirse al escenario, primero para tocar la balalaica, después como luchador, y concluía la noche con un número en el que partía un ladrillo que impactaba contra su propia cabeza. En general, aunque no se tratara de espectáculos para un público refinado,⁶ al menos eran apreciados por la variedad de atracciones propuestas: actuaban también un oso y su domador, oportunamente traídos del circo. En cuanto a Pável Kanunnikov, el jugador de fútbol más famoso de Moscú por aquel entonces, no pisó nunca el escenario, pero puso su fama al servicio de la causa para conseguir recaudar el dinero suficiente; se presentaba a la salida de las fábricas del barrio a la hora del cambio de turno y proponía (con bastante éxito) a los obreros la adquisición de entradas para el espectáculo. Además de esta tarea «pública», desempeñaba otro rol mucho menos visible y de gran responsabilidad: era el tesorero del grupo.

En cuanto acumularon el capital necesario para pagar a los carpinteros, en marzo de 1922, se inició la construcción de las instalaciones. La mano de obra no especializada estaba constituida no solo por los jugadores del club, sino también por los jóvenes de Krasnaja Presnya. Los trabajos avanzaban a buen ritmo, pese a los frecuentes robos nocturnos de material. Por suerte Ivan Artemev conocía bien el barrio y sabía a quién dirigirse, respaldado por Stanislav Leuta, otro jugador, ambos con fusil en mano, para recuperar lo robado. En calidad de instructor militar (en aquella época una de sus múltiples ocupaciones), Ivan podría justificar el hecho de circular por la ciudad armado, y más si se tenía en cuenta que los tiempos no eran precisamente tranquilos en Moscú, pero quizá se excediera al pedir a los ladrones, además de los materiales usurpados, una multa, para la cual emitió un recibo de dudoso valor legal. Estas prácticas le valieron una visita a las oficinas de la GPU,⁷ donde fue acusado de abuso de autoridad y de difusión del terror entre la población de un barrio obrero; solo gracias a la mediación del comité del Komsomol de Presnya no se tomó ninguna medida contra Ivan Artemev.

Mientras las obras seguían su curso, se planteó la cuestión de cómo llamar a la nueva sociedad. Se propuso en primer lugar llamarla Krasnaja Presnya, pero los jugadores procedentes del RGO, que acababa de desaparecer, insistían en mantener con vida las siglas de aquel glorioso club. Finalmente se encontró una

solución que satisfizo a todos: MKS (Moskovski Kružok Sporta, Círculo Moscovita del Deporte). Pero los aficionados del barrio comenzaron a llamar al equipo Krasnaja Presnya, y en 1923 ese nombre terminó por convertirse en su denominación oficial. El 18 de abril de 1922 el MKS jugó el primer partido de su historia, en el que derrotó 3-2 al ZKS (Zamoskvorecki Klub Sporta), una de las formaciones históricas de la capital, seis veces ganadora de la liga ciudadana. Se trataba de un partido amistoso, y sin embargo el resultado tuvo un cierto impacto entre los aficionados. Por lo demás, el MKS confirmó rápidamente su calidad adjudicándose la primera competición oficial en la que pudo participar, la Copa de Apertura, en la que se enfrentó a cinco equipos de la máxima categoría; en el campeonato ciudadano de primavera de 1922 terminó segundo y en 1923, ya con su nuevo nombre, Krasnaja Presnya, fue campeón, título que logró revalidar en la primavera de 1924.

La fama del club recién nacido y ya sorprendentemente ganador fue más allá del ámbito deportivo y se convirtió en una especie de fenómeno cultural, hasta tal punto que el mismo Vladimir Mayakovski le dedicó uno de sus epinicios futuristas: «V Rossii neta chota ty tresni komandy luce Krasnoj Presni! (¡En Rusia mejor equipo que reviente que el Krasnaja Presnya es inexistente!)». Nikolái Stárostin rememora esa época «romántica» con una inusitada dulzura, pero sin prescindir de algunos datos concretos:

Todo nuestro presupuesto dependía de la venta de entradas. El club nos daba una camiseta por persona al año, y la cuidábamos con nuestra vida. El resto de la equipación la comprábamos nosotros con nuestro dinero. Ivan Timofeevich Artemev, zapatero, era muy innovador en su profesión. Nos dotaba de botas de fútbol espléndidas, ligeras y elegantes a un precio reducido, «de coste», como decía él bromeando. [...] Éramos pobres pero apasionados. El estadio era nuestra segunda casa, íbamos a los partidos y a los entrenamientos con mujer e hijos, cada uno donaba lo que podía, nuestro apego al club era profundísimo.⁸

Otro momento particular que contribuyó a crear un clima «doméstico» en el seno del equipo fue la presencia de verdaderos clanes familiares: además de los cuatro

Stárostin, se vestían de corto en el Krasnaja Presnya cinco hermanos Artemev (Ivan, Piotr, Timoféi, Georgi y Sergéi) y tres hermanos Kanunnikov (Pável, Anatoli y Nikolái).

IV.

Una larga transición

Al final del verano de 1923 se consumó un acontecimiento que pudo haber hecho mella en la armonía de la comunidad futbolística: ofendido en su orgullo por haber sido excluido de la formación titular de cara a un partido decisivo, el fundador, Ivan Artemev, abandonó a su criatura y pasó a la «sociedad deportiva proletaria» del Dinamo, nacida el 18 de abril de ese mismo año como encargo del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos por iniciativa de Feliks Dzerzhinski.¹ La energía y la capacidad de gestión de Ivan Artemev fueron fundamentales para la organización del equipo de fútbol del Dinamo, y esta circunstancia puede ser leída como una broma del destino, a la luz de las nefastas consecuencias a las que condujo en los dos decenios siguientes la acérrima rivalidad entre el equipo ligado al Comisariado de Asuntos Internos y el Spartak, heredero del Krasnaja Presnya. Por el momento, sin embargo, los efectos negativos de la decisión de Ivan Artemev fueron modestos: solo lo siguió al Dinamo Dmitri Maslov. Incluso los otros cuatro hermanos Artemev prefirieron mantenerse fieles al Krasnaja Presnya, cuya plantilla se había reforzado mientras tanto con la llegada de jugadores que no vivían en el barrio y que se habían quedado sin equipo tras la desaparición de muchos de los clubes históricos fundados en época prerrevolucionaria.

A principios del año 1923 la organización deportiva en su conjunto había sufrido una reforma radical en todo el territorio. Desde ese año solo fueron reconocidas y aprobadas las sociedades ligadas a organismos territoriales o a empresas. En la ciudad de Moscú la dirección de todas las actividades deportivas se puso en manos del Consejo Provincial Moscovita para la Cultura Física, articulado en diferentes secciones, la última de las cuales se encargaba de los espectáculos deportivos y de la organización de las competiciones de fútbol. Con esta reestructuración quedó abolida, después de poco más de trece años de existencia, la Liga de Fútbol Moscovita, y, con su desaparición, también la de casi todos los antiguos clubes, cuyas instalaciones pasaron a ser propiedad de las nuevas

sociedades, en su mayor parte organizadas en forma de empresas.² Como consecuencia de la nueva ordenación, el club Krasnaja Presnya, con sus instalaciones deportivas, pasó a ser responsabilidad del comité de barrio del Komsomol, sin que ello conllevara grandes mutaciones en la naturaleza y el desarrollo de sus actividades.

En todo caso, aun con la reorganización encallada, en 1923 el poder soviético ya demostraba su orientación hacia una concepción del deporte entendido como factor educativo y formativo más que como espectáculo y competición, en contraste con Europa Occidental, Norteamérica y Sudamérica.

No obstante, en el ambiente de efímera reactivación burguesa del NEP,³ el fútbol en Rusia (al menos en sus dos grandes metrópolis) se desarrollaba de la misma manera que en los países industrializados de Occidente: en Moscú un partido de renombre atraía hasta a diez mil espectadores, pese a que los precios de las entradas no podían definirse como populares. Oficialmente los jugadores seguían siendo aficionados, pero las sociedades (ligadas a empresas u organismos) se los disputaban ofreciéndoles puestos de trabajo en general bien remunerados y que exigían poca dedicación. Para financiarse, los equipos más famosos también jugaban amistosos en poblaciones lejanísimas. El Krasnaja Presnya disputaba hasta treinta de esos partidos al año; en 1929, cuando ya había adquirido su nuevo nombre, llegó a viajar hasta Asia Central, y de vuelta también se detuvo en Bakú, capital de Azerbaiyán.

A un modelo futbolístico de esas características le era connatural (de igual modo que ocurría en Europa Occidental) cierta dosis de violencia, que se desencadenaba tanto en el campo como en las gradas, lo que llegó a alarmar a las autoridades.

Bien pronto (ingenuamente, podríamos juzgar a posteriori) se intentó orientar el juego del fútbol hacia una idea educativa del deporte mucho más afín a los nuevos gobernantes del país. Probablemente con este espíritu se creó la sección

de juegos deportivos en el seno del Consejo Provincial Moscovita para la Cultura Física a inicios de 1924, cuando se planteó un complicadísimo sistema para determinar el equipo ganador de entre los participantes del campeonato moscovita: los resultados obtenidos sobre el campo (y sus consecuentes puntos) eran solamente un elemento entre otros numerosísimos factores, tales como haber tenido un menor número de expulsados o amonestados, haber cometido menos faltas o haber alineado a jugadores que también participaran en otras disciplinas deportivas o que colaboraran en diferentes actividades organizadas por comités de barrios comprometidos con la difusión de la educación física.

El Krasnaja Presnya, que sobre el terreno de juego obtuvo un mayor número de puntos en el campeonato primaveral de 1924, después de una serie de laboriosos cálculos efectuados sobre la base de estos criterios, consiguió terminar oficialmente en el quinto lugar de la clasificación. Pese a ello, todos los seguidores y periódicos moscovitas (incluyendo el Krasnaja Zvezda, órgano oficial de las fuerzas armadas) reconocieron sin vacilar al Krasnaja Presnya como justo ganador. El enrevesado sistema se mantuvo en vigor hasta 1928, aunque cada año la lista de criterios se modificaba notablemente. Nadie recuerda los nombres de los equipos campeones de esas temporadas según esa lista de criterios, pero sí quedaron grabados en los anales de la historia deportiva del fútbol ruso aquellos que consiguieron un mayor número de puntos por victorias o empates. Sin embargo, hay que tener presente que cada sociedad debía presentar cinco formaciones, desde los juveniles hasta el primer equipo, cada una participante en el campeonato de su categoría. La clasificación final (aquella socialmente aceptada y ajena a los factores «oficiales») era el resultado de la suma de los puntos obtenidos por las cinco formaciones de cada club.

En esos años el Krasnaja Presnya creció como sociedad deportiva. El 8 de agosto de 1924 disputó en su pequeño estadio, lleno hasta la bandera (once mil espectadores), el primer partido internacional de su historia; sus adversarios, los noruegos del AIF, fueron derrotados 2-0 gracias al doblete de Pável Kanunnikov. Otra fecha simbólicamente relevante fue la del 9 de agosto de 1925, cuando, durante un partido de liga, fue alineado como lateral derecho el odesita Valentin Prokofiev, primer jugador procedente de una ciudad que no fuera Moscú.

El Krasnaja Presnya se había convertido en algo más que en un equipo de barrio. Tanto es así que en 1926 cambió de nombre y de estadio. Estos son los hechos según la narración siempre lineal de Nikolái Stárostin:

Desde el principio velaba por el futuro del Presnya el presidente del comité ejecutivo del barrio, Nikolái Tikhonovich Pasincev. Dependíamos de él y de él nos fiábamos completamente. Así, cuando en 1926 Pasincev fue nombrado primero presidente del Consorcio Pansoviético de Tabaco y después presidente del Comité Central del Sindicato de los Trabajadores del sector Alimentación, todo el equipo, sin pensárselo un solo instante, lo siguió. De esa manera el Krasnaja Presnya se convirtió en Pisceviki (Alimentaristas). Nos tocó un bonito estadio que antes de la Revolución había pertenecido al Moskovski Klub Lyznikov (Club Moscovita de Esquiadores), sobre el actual Leningradski Prospekt, en el parque Petrovski. Hoy se llama Estadio de Jóvenes Pioneros; por aquel entonces su denominación era Tomski.⁴ Después de la reconstrucción, con las nuevas estructuras, el estadio tenía capacidad para diez mil espectadores.⁵

El cambio del Krasnaja a los Pisceviki fue motivado por la enésima reorganización general impuesta al mundo del deporte. En abril de 1926 el Consejo Provincial Moscovita para la Cultura Física decidió disolver las sociedades deportivas ligadas a organismos territoriales; solo serían aceptadas aquellas ligadas a empresas. Así, los deportistas que se quedaron sin equipo tuvieron que buscar nuevas sociedades relacionadas con empresas productivas. En la práctica, se condenó a muerte de todas las sociedades deportivas de barrio que no hubieran encontrado en poco tiempo una empresa en la que apoyarse. Dada la gravedad de la situación, la acción de Pasincev fue todavía más decisiva: su intervención garantizó un futuro cierto y próspero para el equipo de fútbol más potente de Moscú. Siguiendo una tradición más que consolidada, los Pisceviki se convirtieron en la sección futbolística de una sociedad polideportiva cuya denominación oficial era Central'ny Klub im. Tomskogo (Club Central Tomski). El estadio del que habla Nikolái Stárostin, después de una radical reconstrucción iniciada en 1926, formaba parte de un imponente complejo polideportivo (en la época, el más grande de toda la Unión Soviética) que

incluía, entre otras cosas, tres campos de fútbol, dos pistas de atletismo, cuatro campos de baloncesto, cuatro de voleibol, un velódromo, cuatro pistas de tenis y zonas a cielo descubierto para la práctica de lucha y boxeo.

En la segunda mitad de los años veinte los organismos directivos del deporte se demostraron incapaces de gobernar el imparable crecimiento del fenómeno futbolístico, que estaba tomando, como se ha visto, una orientación poco grata para quien regía el destino del país. Además de los complicados criterios para determinar el ganador de las competiciones deportivas, es necesario recordar los continuos y caóticos cambios en la organización de las ligas y la imprevisibilidad de su calendario: había partidos que no se disputaban jamás, y otros eran anulados incluso después de haberse celebrado. Lo cierto es que ni la creación de un campeonato pansoviético por selecciones de cada ciudad ni los compromisos internacionales (partidos amistosos) de las selecciones rusa y soviética contribuían a una gestión racional de los clubes.

En medio de esta desconcertante situación, se abrió un encendido debate al que, en 1927, los periódicos dedicaron una gran atención. La gente se planteó si era posible cierta dosis de profesionalidad en el fútbol; en otras palabras, se preguntaban si era lícito pagar a los jugadores por su actividad deportiva. Los defensores de las posiciones más intransigentes censuraban también el hecho de que muchos jugadores militaran en equipos ligados a un sindicato que no era aquel de la empresa en la que trabajaban. En este sentido, los Pisceviki eran muy vulnerables, puesto que en sus filas se encontraban dependientes de sociedades pertenecientes a los sectores productivos más variados, y además contaban con un zapatero, un empleado de una tienda e incluso un oficial del Ejército Rojo.

En cualquier caso, era innegable el hecho de que alrededor de los partidos de fútbol circulaba una cantidad de dinero nada desdeñable. Los precios de las entradas eran más bien elevados: 60 kopeks por cada asiento y 40 por verlo de pie para los partidos del campeonato de Moscú; cuando se enfrentaban dos selecciones de diferentes ciudades los asientos costaban 75 kopeks. Una afluencia de 10.000 espectadores, como hemos visto, podía considerarse normal

en los encuentros importantes; el reparto consistía en un 40% para el propietario del estadio y un 30% para cada equipo participante.

La solidez financiera que aportó el patrón sindical no aplacó el hambre de victorias del conjunto fundado en Presnya, en el que se imponía cada vez con mayor claridad el liderazgo de Nikolái Stárostin, pese al retorno a «casa», en 1927, de Ivan Artemev, después de su paréntesis en el Dinamo. Entre 1927 y 1929 los Pisceviki se coronaron tres veces como campeones de Moscú, aunque en dos de ellas solo gracias al cómputo total de puntos acumulados entre el primer equipo y las formaciones juveniles.

El 3 de abril de 1930 se constituyó el Consejo Pansoviético para la Educación Física, y de su junta directiva pasaron a formar parte personalidades políticas de primerísimo plano como E nukidze,⁶ Yagoda⁷ y Kámenev.⁸ Probablemente el Gobierno había comprendido las enormes posibilidades que el deporte ofrecía como medio de educación y creación de consensos, y había decidido dedicarle una mayor atención.

En 1931 el gran Sindicato de los Trabajadores de la Alimentación se desmembró en unas veinte organizaciones sectoriales menores y desapareció como estructura unitaria. El equipo tomó el nombre de Promkooperaciya (Cooperativa de Producción), pero este no fue el único cambio importante: se produjo también un nutrido éxodo de jugadores al Dukat, club financiado por la homónima manufactura de tabaco, una de las fábricas más importantes de Moscú. El Promkooperaciya no participó en la liga de primavera⁹ y obtuvo unos resultados mediocres en la de otoño. Durante el verano se disputaron, después de dos años de interrupción, los torneos por el título de Rusia y de la Unión Soviética, reservados respectivamente a selecciones de cada ciudad y cada república; vencieron Moscú y Rusia. Ambas formaciones contaban con hasta cinco jugadores del Promkooperaciya: Nikolái, Aleksandr y Andréi Stárostin, Stanislav Leuta y Valentin Prokofiev. En 1932, con la temporada ya iniciada, los mejores jugadores del Promkooperaciya (entre ellos, los hermanos Stárostin) fueron traspasados al Dukat, completando la migración iniciada el año anterior.

Es verosímil pensar que esta operación se decidiera desde los puestos de la dirección deportiva, dado que el Promkooperaciya y el Dukat eran equipos hermanados, englobados en la Unión de Trabajadores del Sector Alimentación, y jugaban en el mismo estadio, el Tomski; no existe documentación fehaciente de ese periodo, ya que justo entonces el espacio dedicado al fútbol por los periódicos disminuyó considerablemente.¹⁰ La gloria del Dukat (sociedad nacida en 1926) fue más bien efímera: en 1934 los jugadores de mayor calidad (con los Stárostin a la cabeza) volvieron al Promkooperaciya, que ganó la liga de primavera. Para la consecución de ese título, sin embargo, no pudo contar con Nikolái Stárostin, que durante un encuentro contra el CDKA (Ejército Rojo) se fracturó una pierna. En ese mismo año el mayor de los Stárostin (junto con otros nueve jugadores) fue galardonado con el título, recientemente instituido, de «Maestro Emérito del Deporte»; fue el primero de la infinita serie de reconocimientos personales que recibiría durante su vida, tan larga como, en ciertos aspectos, memorable.

Parecía que todo cambiaba para mejor y con perspectivas de alcanzar cierta estabilidad cuando, como un ensordecedor trueno a cielo descubierto, Nikolái Pasincev, el principal representante y protector del equipo entre los altos dirigentes del sindicato, cayó en desgracia. La comunidad futbolística nacida en 1922 se encontró una vez más frente a un futuro incierto, pero fue en este momento crucial cuando Nikolái Stárostin dio muestras de sus grandes capacidades organizativas. En calidad de capitán de la selección soviética de fútbol, había establecido contactos con algunas de las personalidades más poderosas del país, entre las que se encontraban Aleksandr Kosarev, secretario del comité central del Komsomol, e Ivan Pavlov, presidente de la cooperativa de producción que apadrinaba al equipo, el Promkooperaciya; ambos eran grandes aficionados a la caza, y a ese respecto tenían en alta consideración los consejos de un jugador perteneciente a una familia de cazadores profesionales:

Un día en que habíamos salido de caza, surgió la idea de crear una sociedad deportiva voluntaria ligada a la Promkooperaciya. Algunos días después se lo comenté a la prensa. La respuesta fue un artículo destructivo publicado en el periódico Trud.¹¹ «Es el momento de pararle los pies a Nikolái Stárostin» era su título. Las acusaciones se reducían esencialmente al hecho de que yo, hombre de

los sindicatos, me había confabulado con el Komsomol. El efecto de ese ataque fue que nos incitó a actuar con mayor determinación.¹²

Lo cierto es que los protagonistas contaban con tener que sortear ciertos obstáculos, en vista del alcance y la novedad de la operación: debían unir el peso político del Komsomol con el económico de la Promkooperaciya para crear una gran sociedad polideportiva que pudiera competir en igualdad de condiciones con grandes clubes militares como el CDKA (asociado, como ya se ha dicho, al Ejército Rojo) y, sobre todo, el Dinamo, que en 1933 celebró su décimo aniversario y que durante ese tiempo había acumulado innumerables éxitos y reconocimientos.

Puesto que se trataba de una organización compuesta, según sus bases estatutarias, por jóvenes, el Komsomol atesoraba una inclinación natural hacia el deporte y, de hecho, a través de sus sedes difundidas a lo largo del territorio soviético, ya desempeñaba una función determinante en la organización de actividades deportivas por todo el país. En cuanto a la Promkooperaciya, que dependía del Ministerio de Comercio, se trataba del mayor productor de bienes de consumo de la Unión Soviética y se ocupaba además de la venta al por menor y del sector servicios. En 1935 contaba con alrededor de 1.200.000 afiliados, entre vendedores y artesanos de todo tipo, incluyendo a sastres, barberos, etcétera. Una potencia económica así podría haber garantizado a la nueva sociedad las estructuras y los medios necesarios para competir al máximo nivel en Rusia desde el principio.¹³

V.

Espartaco

A principios de 1935 se emprendieron las acciones necesarias para llevar a cabo un proyecto tan ambicioso como temerario. Quedaba por resolver una cuestión no tan secundaria como podría parecer: había que encontrar un nombre para la nueva sociedad, pero no uno cualquiera ligado a empresas como Pisceviki o Promkooperaciya; había que encontrar uno capaz de convencer y cautivar a las masas. Las versiones de Andréi y Nikolái Stárostin sobre esta búsqueda no coinciden del todo, aunque, al fin y al cabo, una versión no excluye la otra.

Más inclinado a las anécdotas, Andréi nos relata cómo pasaron una madrugada entera en casa de su hermano mayor discutiendo y sin llegar a ninguna conclusión; allí se reunieron, además de los cuatro Stárostin, los viejos amigos de siempre, los jugadores Stanislav Leuta, Piotr Isakov, Ivan Filippov y algunos otros. Pasaron largas horas en el comedor, lleno de humo y ceniceros desbordados, intercambiando propuestas (Fidelidad, Audacia, Victoria, Asalto...). No se llegó a ningún acuerdo hasta que, ya al alba, los ojos de Nikolái se posan por casualidad sobre un libro que había encima del escritorio. Nikolái lo coge y dice: «Lo que nos hace falta es un apodo que represente las mejores cualidades de un atleta: valentía, hambre de victoria, firmeza en la lucha, habilidad, fuerza, fidelidad y un ideal. Espartaco, el líder de los gladiadores romanos, poseía todas estas cualidades. ¡Propongamos Spartak como denominación para nuestra sociedad!», concluye mientras nos muestra el libro de Giovagnoli.¹

Nicolái, fiel a sí mismo, parece querer evitar toda sensiblería en su relato:

Se han contado muchas y muy diversas versiones, convertidas con los años casi

en leyendas, acerca de cómo y por qué decidimos dar a la recién nacida sociedad el nombre de Spartak. Pero ¿cómo sucedió todo realmente? Del Promkooperaciya formaban parte más de diez asociaciones de sectores productivos diferentes: industrias de curtidos, textiles, de alimentación... Había que encontrar una denominación que las uniera a todas. Y es cierto que la buscamos desesperadamente. Pasaba noches enteras en mi casa con mis hermanos... Se quedó grabada en mi memoria la gira que hicimos por Alemania con la selección de la Unión Soviética en 1927. Fuimos acogidos por los atletas-trabajadores del Spartak. [...] «Spartak», en ese nombre breve y sonoro se advertía un espíritu indomable. Me pareció muy adecuado. Por supuesto, sabía quién era Espartaco. Pero confieso que leí el célebre libro de Giovagnoli una vez la decisión estuvo ya tomada.²

El 19 de abril de 1935 el Consejo Pansoviético para la Educación Física y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la Unión Soviética aprobaron los estatutos de la Asociación Deportiva Voluntaria Sindical-Cooperativa Pansoviética «Spartak».³ En la misma deliberación fueron ratificados y reconocidos el escudo y los colores de la sociedad: camiseta roja con banda transversal blanca de 8,5 centímetros de anchura en el pecho y en la espalda. Se puso a disposición del equipo de fútbol el centro deportivo Tarasovka, en las inmediaciones de Moscú, motivo por el que abandonaron el estadio Tomski, propiedad de los sindicatos convertidos a esas alturas en adversarios tanto en el campo como a nivel político-deportivo. La sección futbolística de la sociedad, en la que se incluía el primer equipo, recibió el nombre de Escuela de Fútbol Central Spartak, y Nikolái Stárostin fue nombrado su principal responsable. En pocos meses se construyeron en Tarasovka un estadio con capacidad para tres mil espectadores con un espléndido terreno de juego y un edificio de madera para alojar a los jugadores.

El nuevo club congregó a deportistas de primerísimo nivel de distintas disciplinas: atletismo, boxeo, baloncesto, natación, piragüismo, voleibol... Lo que les atraía eran los grandes recursos económicos y la excelente organización del Spartak, que, por cierto, comenzaba ya a fundar «filiales» en otras ciudades del país; también fue relevante el hecho de que los dirigentes fueran deportistas y no militares, como ocurría en el Dinamo o el CDKA, los clubes de referencia

de la época.

El Spartak también se ganó de forma inmediata el favor del público general por su naturaleza de sociedad libre de toda relación con las Fuerzas Armadas. En contraste con el CDKA y el Dinamo, el Spartak no había surgido desde arriba, como emanación de un poderosísimo y temido ministerio, sino como resultado de una espontánea iniciativa de un grupo de amigos emprendedores y apasionados por el deporte (sobre todo por el fútbol), y había crecido con la suficiente rapidez como para poder competir contra los equipos militares. Tampoco debe olvidarse que Nikolái Stárostin encontró una denominación para la sociedad que resultaba muy atractiva para las grandes masas: solo el Spartak llevaba el nombre de un atleta y un revolucionario. Es posible que esta simbología, asociada a la ya citada «diferencia», motivara una masiva adhesión de gran parte de la clase obrera moscovita al Spartak, y debe tenerse en cuenta que en Rusia, así como en Europa Occidental, justamente los trabajadores (varones) de las fábricas constituían la base más numerosa y fanática de los aficionados al fútbol.⁴

El equipo de los Stárostin terminó su primera liga en segundo lugar, solo detrás del Dinamo, en la primavera de 1935. Ni el Dinamo ni el Spartak participaron en la liga de otoño, dado que ambos conjuntos cedieron un gran número de jugadores a la selección de Moscú, que participó de manera triunfal en el campeonato soviético por ciudades de ese año.⁵

Los jugadores del Spartak pasaron esa Nochevieja en París, y no precisamente de vacaciones. Así se desarrollaron los acontecimientos según Andréi Stárostin:

El año 1935 llegaba a su final. Un día de diciembre, mientras nos estábamos quitando los patines en el vestuario después de un partido de hockey, de repente nos llegó la noticia: el Racing, club francés, había invitado a los jugadores moscovitas para disputar un partido el 1 de enero. [...] No tocábamos un balón desde hacía más de un mes. Y teníamos diez días para prepararnos. Por otra

parte, Jean-Bernard Lévy, el propietario del Racing, después de recibir una primera respuesta positiva por nuestra parte algo precipitada, ya había comenzado a colocar enormes carteles por todo París. Por sentido común tendríamos que haber evitado ese viaje para el que no estábamos listos. Pero ya se sabe que el sentido común no siempre prevalece. Habríamos causado bastantes pérdidas a ese empresario. Pero, sobre todo, nos gustaba la idea de medirnos con el equipo más potente de la Europa continental.⁶

En cualquier caso, la decisión de disputar ese encuentro ya había sido tomada por los altos mandatarios del poder soviético de la oficina política del Comité Central del Partido. Perder contra un equipo que representaba a un Estado burgués obviamente no era una opción; de ahí que se enviaran al completo las dos mejores formaciones de Moscú, el Spartak y el Dinamo; solo en París y después de algunos entrenamientos se elegiría a los jugadores que saltarían al campo en representación de la ciudad de Moscú.

Los dirigentes soviéticos (no solo los responsables en materia deportiva) basaban todas sus esperanzas de victoria en un precedente muy favorable: unos meses atrás, el Dinamo de Kiev, después de una gira por Francia, había infligido una durísima derrota al Red Star, equipo profesional parisino, por 6-1. Pese a ello, los jugadores enviados a París con el imperativo de vencer al Racing sabían que las cosas no serían tan fáciles. En primer lugar, el Dinamo de Kiev, ya de por sí un conjunto de gran calidad, había viajado a París en plena forma, no como los moscovitas, cuya temporada había concluido hacía varias semanas y apenas tenían tiempo para ponerse a punto. A ello se añadía el innegable hecho de que el Red Star era un equipo muy inferior al Racing, considerado en aquel momento uno de los conjuntos más fuertes de Europa y que poco antes había cosechado un prestigioso empate contra el todopoderoso Arsenal. El Racing representaba en cierto modo el cosmopolitismo parisino: su plantilla estaba formada por dos austriacos, un alemán, un inglés, un argelino, un senegalés, un yugoslavo y cuatro franceses. Además, Jean-Bernard Lévy había contratado al seleccionador inglés, Dennis Kempton, exclusivamente para preparar y dirigir el encuentro contra los moscovitas.

Con habilidad y detalle, el propietario del Racing también había preparado el evento desde un punto de vista publicitario: las entradas del Parque de los Príncipes (sesenta mil espectadores) se habían agotado una semana antes del partido, y a su llegada a la parisina Gare du Nord los futbolistas moscovitas se encontraron con un ejército de fotógrafos y corresponsales de media Europa.

Quedaban solo tres días para la cita y la tensión en el seno del equipo visitante era enorme. En el escaso tiempo del que disponían tenían que probar al menos una vez el terreno de juego y, sobre todo, decidir el once titular; la comitiva no tenía un verdadero entrenador (por lo demás, esta figura era desconocida en Rusia, también en los clubes), pero tres veteranos como Konstantin Kvasnin, Fodor Selin y Nikolái Stárostin desempeñaban esa función —ninguno de los tres había acudido a París para jugar, sino solo en calidad de expertos en materia futbolística—. Pese a que el único que ocupaba un cargo oficial era Stárostin, lo cierto es que era responsabilidad de ese triunvirato elegir la alineación y la táctica de juego. En realidad, y ello por desgracia se revelaría decisivo de cara al encuentro, en Rusia el aspecto teórico del fútbol no se había desarrollado adecuadamente; casi todo quedaba, de hecho, en manos del instinto y la capacidad de los jugadores de actuar del modo más efectivo. En concreto, con los zagueros defendiendo en zona, las marcas a los delanteros adversarios eran aproximativas, y los centrocampistas tenían la máxima libertad para incorporarse al ataque, por lo que a menudo dejaban el centro del campo desguarnecido ante un contragolpe.

Obviamente, estas lagunas no eran decisivas en partidos en los que el equipo rival se comportaba de forma análoga (como hasta ese momento había sucedido siempre en Rusia), pero sí lo fueron cuando el Racing decidió emplear un sistema en forma de W, de origen anglosajón, con marcas al hombre, un mediocentro retrasado a la posición de defensa central y una primera línea desdoblada, con los mediapuntas retrasados y los extremos y el delantero centro adelantados.

Sobre el césped del Parque de los Príncipes los moscovitas se mostraron, al

menos, a la altura de sus rivales tanto técnica como atléticamente, y al final fueron derrotados 1-2 por un descuido del capitán Aleksandr Stárostin (por lo demás, el mejor de los defensas durante el partido) en los últimos minutos. Al día siguiente la prensa parisina alabó el juego de los visitantes.

Sin embargo, los jugadores rusos volvieron de muy mal humor; los afligía todavía una sensación de impotencia por haber tenido que perseguir a sus adversarios durante noventa minutos a causa de su formación táctica, cuya eficacia quedó ampliamente demostrada. El mismo sentimiento lo experimentaron los tres técnicos-acompañantes, que desde el banquillo solo consiguieron dar algún que otro consejo para evitar una derrota más abultada. Se decidió invitar al entrenador adversario, Dennis Kempton, al hotel en el que se hospedaba la delegación rusa para comentar el enfrentamiento desde un punto de vista profesional y conocer las características del sistema de juego adoptado por el Racing. La reunión necesitó de un intérprete y, más allá del agradecimiento por la presencia del coach británico, suscitó apasionantes discusiones de orden táctico y sobre todo «moral», puesto que algunos juzgaron la W descaradamente defensiva. Lo único en lo que todos coincidieron fue en el hecho de que el fútbol soviético estaba a años luz del occidental desde un punto de vista táctico.

Pero, ya se sabe, no hay mal que por bien no venga. Con toda probabilidad fue precisamente el amargo resultado del desplazamiento parisino lo que dio un impulso decisivo de cara a una reforma integral del sistema de competición futbolístico. Durante la primavera de 1936 se disputó el primer campeonato soviético de clubes, en el que tomaron parte siete equipos: cuatro de Moscú, dos de Leningrado y uno de Kiev; la victoria fue para el Dinamo Moscú, y el Spartak ocupó el tercer lugar.

Ese mismo año Nikolái Stárostin anunció su retirada, aunque, lejos de desaparecer de la actualidad deportiva, siguió dando mucho que hablar y llegó a convertirse, con los años, en la figura más importante del fútbol ruso de todo el siglo xx. Sin embargo, ya como jugador, y en especial como extremo derecho, había hecho méritos suficientes para ser recordado, pese a que algunos lo

consideraran el menos técnico de los cuatro hermanos; por lo demás, su talento atlético, cultivado gracias a una predisposición casi obsesiva para el entrenamiento, no dejaba demasiado lugar a preciosismos ni a tretas en su personalidad de jugador. Potencia, una velocidad extraordinaria (los expertos lo consideran todavía hoy como uno de los jugadores más rápidos de la historia del fútbol soviético) y un tiro fulminante también en carrera hacían de Nikolái un jugador quizá algo básico pero imparable. A ello se sumaba su personalidad de hierro, que lo convirtió «por derecho natural» en el capitán de todos los equipos en los que jugó, desde su club (con sus diversas denominaciones) hasta las selecciones de la ciudad de Moscú y de la Unión Soviética.⁷

Nikolái Stárostin fue nombrado director responsable de toda la sociedad del Spartak, y desde su nueva posición seguro que tuvo algo que ver con la sorprendente decisión de contratar a un entrenador, el primero en la historia del fútbol ruso y soviético. El elegido fue el checo Antonín Fivébr, que anteriormente había entrenado al Valencia y al Brescia. En realidad, en poco tiempo pasó a ser considerado como un entrenador-asesor, dado que acabó prestando sus servicios también a otras sociedades.⁸

VI.

La Plaza Roja

En tan solo un año de vida, el Spartak ya había conseguido un inesperado y asombroso éxito a nivel de prestigio y de imagen, como se diría hoy en día. El 6 de julio de 1936 se celebraba la Jornada de la Cultura Física con un desfile en la Plaza Roja. A Aleksandr Kosarev, presidente de la comisión encargada de organizar el evento, además de secretario del Komsomol, se le ocurrió la idea de introducir en el programa un partido de exhibición del que debería ocuparse el Spartak, sociedad conectada precisamente con el Komsomol.

La proposición suscitó ironía y objeciones entre los representantes ciudadanos del partido. ¿Cómo podía jugarse un partido de fútbol sobre el empedrado de la Plaza Roja? ¿Y si la pelota golpeará por accidente a algún espectador ilustre? Sí, porque desde la tribuna del mausoleo de Lenin presenciarían los festejos los dirigentes de la nación, incluido el compañero Stalin en persona.

La mayor dificultad a la que se enfrentaban era la creación de un terreno en el que se pudiera jugar al fútbol. Después de largas discusiones, se decidió fabricar una enorme alfombra de fieltro (diez mil metros cuadrados), de un tamaño suficiente como para cubrir toda la Plaza Roja, desde la iglesia de San Basilio hasta el Museo Histórico, desde las tribunas reservadas para los huéspedes a los pies del Kremlin hasta los almacenes GUM. Comenzó así lo que Nikolái Stárostin define como la epopeya del alfombrado:

De noche, cuando se cerraba la plaza al tráfico de vehículos, alrededor de trescientos atletas del Spartak, tanto jóvenes como deportistas célebres, se armaban de agujas de zapatero y una decena de metros de hilo bramante por cabeza, y, arrodillados sobre el adoquinado, cosían sin descanso los retales de

fieltro. Siguiendo las indicaciones de las autoridades, antes del amanecer había que enrollar la enorme alfombra para que no obstaculizara el libre tránsito de los automóviles. Aun con cierta lentitud, el trabajo marchaba bien.¹

A medida que iban cosiendo los retales de fieltro, se iba pintando de verde para que el terreno de juego tuviera su color habitual; en un momento determinado, el cuerpo de bomberos exigió que interrumpieran esa operación arguyendo que, durante las horas más calurosas del día, la temperatura en el interior del enorme rollo de fieltro podía ser lo suficientemente alta como para que el barniz prendiera y provocara un incendio. Sin llegar a detener los trabajos nocturnos, a Nikolái Stárostin le tocó, durante el día, ir llamando a todas las puertas posibles para evitar que se dictara una prohibición oficial al proyecto.

En la víspera de tan esperado día los atletas del Spartak terminaron de pintar las líneas del rectángulo de juego² bajo la supervisión de un atento Nikolái Stárostin; a este se le acercó Aleksandr Kosarev (el secretario del Komsomol) acompañado de dos desconocidos de uniforme que se presentaron como oficiales del NKVD, el servicio de seguridad del Comisariado Popular para Asuntos Internos de la Unión Soviética: «Compañero Stárostin —tomó la palabra uno de los oficiales—, ¿no se te ha ocurrido que los jugadores, al caer, podrían lesionarse gravemente, y que ello podría suceder justo en presencia del compañero Stalin? Este alfombrado no evitará contusiones. Aun con las botas siento las piedras del adoquinado: vuestro fieltro no es protección suficiente. El fútbol queda apartado del programa».³

El otro oficial asintió mientras Kosarev, con el rostro afligido, callaba. Atónito, casi incrédulo ante la idea de ver cómo en un momento se esfumaban tantas esperanzas y fatigas, Nikolái Stárostin miró alrededor en busca de algún apoyo... Cerca de donde estaba, Alekséi Sidorov, jugador del equipo reserva, estaba trazando, concentrado, el círculo del punto de penalti. Nikolái lo llamó a gritos, sin saber todavía qué pedirle, pero, mientras este se acercaba, se le ocurrió de pronto una idea:

—¡Tírate al suelo!

Es imposible saber en qué estaría pensando en ese momento Sidorov; lo cierto es que inmediatamente ejecutó la orden de forma literal, y un segundo después se puso en pie de un salto, como si de un muelle se tratara.

—¿Te has hecho daño?

—¡¿Cómo podría, Nikolái Petróvich?! ¿Quiere que me tire otra vez?

En ese momento intervino Kosarev:

—¿Para qué? Queda claro que la superficie no es peligrosa. Se puede jugar.

Según Nikolái Stárostin, que narra este episodio en sus memorias,⁴ al día siguiente Sidorov se presentó en el improvisado terreno de juego con un vistoso moratón en el muslo.

El intento de «sabotear» el partido en el último momento mostró quién se escondía detrás de los numerosos obstáculos burocráticos que el Spartak tuvo que afrontar para organizar el codiciado evento: se trataba de los dirigentes del NKVD, ligados al Dinamo, sociedad que, en trece años de vida llenos de éxitos, no había conseguido, sin embargo, un reconocimiento público tan asombroso por parte del partido-Estado.

En 1936 la posición de Kosarev, protector del Spartak, era tan evidentemente sólida que ni el NKVD osó entrometerse en esta actividad. No obstante, los equilibrios de poder cambiarían muy pronto. Por el momento lo único que quedó claro fue que la rivalidad entre Dinamo y Spartak había traspasado irreversiblemente los límites de la competición deportiva.

A pesar de la accidentada preparación, el 6 de julio tuvo lugar el partido de exhibición en la Plaza Roja. Se enfrentaron el primer y el segundo equipo del Spartak. El público tuvo la impresión de asistir a un partido amistoso disputado en un escenario excepcional. En realidad, más que de una representación deportiva, se trató de una verdadera representación teatral en la que literalmente cada minuto de juego debía corresponderse con un guion predeterminado. El número y la modalidad de los goles marcados habían sido concebidos de antemano para mostrar al público y, en especial, al jefe supremo las acciones más espectaculares y ejemplares del juego del football: se marcaron goles de falta directa, de penalti, de cabeza, con tiros de media y larga distancia... El encuentro habría debido durar exactamente treinta minutos, pero, si Stalin hubiera transmitido algún síntoma de aburrimiento antes de tiempo, Kosarev, que estaba al lado del «mejor amigo de los deportistas», en la tribuna sobre el mausoleo de Lenin, habría avisado a Nikolái Stárostin agitando discretamente un pañuelo blanco: en ese momento el espectáculo se habría interrumpido de golpe. Durante la media hora de juego pactada Nikolái miró con atención la tribuna, al principio más bien nervioso, luego cada vez más confiado, a medida que los minutos pasaban y no se agitaba ningún pañuelo. Sucedió, sin embargo, algo que la minuciosa organización no había previsto: Stalin mostró un interés tan intenso que la representación duró hasta cuarenta y tres minutos, lo que obligó a los actores-futbolistas a improvisar durante trece largos minutos, tras los cuales llegaron los aplausos de un público entusiasta y desconocedor del factor teatral. El resultado final fue el que se había decidido de antemano: 4-3 a favor de los titulares.

Como orquestador del evento había sido oportunamente elegido un profesional, Valentin Pluchek, que más tarde se convertiría en el director del célebre Teatro de la Sátira, pero que por aquel entonces apenas tenía trabajo. Cada vez que coincidió después de ese día con Nikolái Stárostin, Pluchek siempre aprovechó

para agradecerle públicamente ese encargo que le había cambiado la vida: 5.000 rublos de honorarios y un prestigio fundamental para el desarrollo de su futura carrera. El mismo Nikolái Stárostin reconoció en sus escritos haberse sentido algo molesto ante las reiteradas y teatrales manifestaciones de agradecimiento.⁵

En el segundo semestre de 1936 los jugadores del Spartak obtuvieron el mayor reconocimiento que podía alcanzarse por aquel entonces: la medalla de oro de campeones de la Unión Soviética. De aquel torneo de otoño entró en la leyenda del fútbol ruso la última eliminatoria, disputada entre el CDKA y el Spartak en Sokol'niki, en el pequeño estadio del club del Ejército Rojo, que diez mil personas abarrotaban. El terreno de juego estaba rodeado por todas partes por una muralla de espectadores que con frecuencia traspasaba las líneas blancas del campo y que en el segundo tiempo incluso derribó una portería; el encuentro tuvo que ser detenido para sustituirla, después de lo cual se reanudó sin más dificultades hasta el pitido final, con victoria del Spartak por 3-1.

Usando una expresión un tanto temeraria, podría afirmarse que la marca Spartak, de reciente creación, había tenido un éxito tremendo ante un público de amplitud casi inverosímil: por un lado, había atraído la atención del propio Stalin, misión que el fidelísimo Dinamo no había conseguido tras trece años de «honorable servicio»; por otro, había conseguido levantar pasiones entre la clase trabajadora moscovita (y no solo de Moscú) por su distanciamiento del aparato represor del poder; finalmente, había alcanzado la cuadratura del círculo al contar también entre sus entregados aficionados con importantes personalidades del mundo de la cultura, el arte y el espectáculo. «En esos años el café Nacional se había convertido en una especie de club de la intelligenciya creativa; durante el día pasaban por allí escritores, artistas, pintores, atletas; tomaban un café mientras escuchaban las novedades deportivas, hablaban de algún libro de reciente publicación, de la última obra estrenada», escribe Andréi Stárostin,⁶ quien nombra también a algunos de sus amigos y compañeros de conversación, sentados alrededor de una mesita frente a la ventana: el escritor Juri Karlovich Olesa, el actor del Teatro de Arte de Moscú Mijaíl Jansin o el director Arnold Arnold.

Andréi tenía fama de «erudito», y con él se asociaban anécdotas totalmente contrarias a la imagen estereotípica de un jugador de fútbol. Se contaba por ejemplo que, con ocasión de un desplazamiento del Spartak a Tiflis, compró en una librería anticuaria algunos tomos del diccionario enciclopédico prerrevolucionario Brockhaus y Efron y que durante todo el viaje de vuelta a Moscú (cuatro días de tren aproximadamente) se sumergió en su lectura con absoluto arrobamiento, como si de la más apasionante de las novelas se tratara. Era un conversador brillante y campaba a sus anchas por los ambientes intelectuales y artísticos. Una vieja amistad lo unía al actor del Teatro de Arte, Mijaíl Jansin; se conocían y quedaban ya desde su juventud, pero aun así seguían tratándose de usted. De su hermano Nikolái tomó el ímpetu y el fervor a la hora de defender sus propias opiniones.

Distinta era la personalidad de Aleksandr, tranquilo, sonriente, muy hábil a la hora de encontrar el comentario perfecto para desdramatizar toda situación incómoda; el escritor Lev Kassil, otro «adepto» del Spartak, lo definió como el más cultivado y educado de entre los grandes futbolistas de su época, totalmente inmune a la cortedad de miras que con frecuencia padecen los deportistas de alto nivel.

VII.

Los vascos

En 1937, cuando el mito del Spartak todavía estaba naciendo, se escribió una de las páginas más brillantes de la historia del club; al menos así se consideró hasta hace pocos años, puesto que un análisis más detallado y objetivo de los acontecimientos ha aportado detalles no del todo edificantes de los que, en todo caso, los jugadores no fueron responsables.

La tarde del 16 de junio de 1937, en un tren procedente de Varsovia, llegó a Moscú una selección de futbolistas del País Vasco. En la plaza frente a la estación Belorussky esperaba un gentío nunca antes visto para recibir a un combinado deportivo extranjero; se cubrió a los ilustres invitados con flores y altisonantes expresiones de bienvenida. Las razones de tal acogida fueron en primer lugar políticas; en España había estallado la Guerra Civil, y la selección vasca era recibida como heroica combatiente republicana. Algunos de sus jugadores, de hecho, lo eran: Isidro Lángara, por ejemplo, según los periódicos franquistas, fue «abatido en la toma de Barcelona», o José Iraragorri, quien participó en el ataque de las fuerzas republicanas a Villarreal. En materia futbolística, los vascos también merecían todo ese entusiasmo: sin lugar a duda el suyo era el equipo más fuerte que jamás hubiera pisado territorio ruso y soviético.¹ Llegaron al país socialista tras culminar una triunfal gira europea en la que se habían impuesto al campeón de Francia, el Olympique de Marsella, por 5-2, y al Racing de París, un viejo conocido del fútbol moscovita, por 3-0 y 3-2. Por lo demás, tres de los futbolistas vascos habían sido incluidos por los periodistas en el once ideal del Mundial de 1934.

Las autoridades deportivas decidieron que los vascos se enfrentarían a diferentes equipos a nivel de club, pero sorprendentemente el Spartak de Moscú, vencedor del campeonato soviético de otoño de 1936, no estaba entre los elegidos.

El primer encuentro, disputado durante un sofocante día de verano en el gigantesco (para la época) estadio del Dinamo, se resolvió con una aplastante victoria de los vascos por 5 goles a 2 frente al Lokomotiv de Moscú, conjunto joven y más bien inexperto, pero que aun así se había adjudicado la primera edición de la Copa de la Unión Soviética. Muy inferiores técnicamente desde el inicio, los «ferroviarios» habían sido puestos en jaque también por el esquema en W de sus adversarios, tal y como le había ocurrido a la selección moscovita en 1936 ante el Racing de París. El Dinamo Moscú, más sólido como equipo, mejoró el resultado, pero en todo caso cayó por 1-2; la selección de Leningrado, en cambio, consiguió empatar con los ibéricos. Según el calendario establecido de la gira, todavía quedaban dos partidos, uno en Kiev y otro en Tiflis, y se contemplaba la opción de disputar un tercero en Minsk.

Aunque eran conscientes del nivel de los adversarios, el balance de los primeros encuentros empeoraba sin duda las previsiones soviéticas, y los últimos tres partidos ante plantillas «periféricas» no presagiaban un mejor resultado, sino todo lo contrario. Así las cosas, los responsables del deporte nacional andaban insatisfechos y preocupados; por mucho que fueran amigos políticos, e incluso hermanos, no podía permitirse que los vascos ridiculizaran al fútbol soviético. Nikolái Stárostin, fiel a su lapidario estilo, indica los términos exactos en los que se manifestaba el problema: «Toda derrota era interpretada como un menoscabo al prestigio de la patria socialista. Los vascos no debían abandonar la Unión Soviética sin haber sido superados al menos una vez: para los altos funcionarios la cuestión se había convertido casi en una obsesión».²

No sin dificultades consiguieron acordar dos encuentros adicionales en los que el equipo invitado se batiría con el Dinamo y el Spartak, ambos reforzados con jugadores de otros clubes. Cansados de tanto partido sin apenas descanso, los vascos en realidad no tenían ninguna motivación para disputarlos, pero tuvieron que ceder a la razón de Estado, y el 2 de julio Pravda anunció oficialmente la decisión del Comité para la Cultura Física de jugar dos partidos más, uno el 5 y otro el 8 de ese mismo mes, y ambos en el estadio del Dinamo Moscú.

El segundo enfrentamiento del Dinamo³ acabó con una clamorosa derrota: 7-4 a favor de la selección vasca.

Llegados a este punto, a los altos dignatarios del Estado involucrados en la operación no les quedaba otra esperanza que confiar en el Spartak para salvar su reputación y su cargo, sin contar con algún riesgo incluso mayor. En el centro deportivo de Tarasovka, el campo de entrenamiento fue literalmente asediado por todo tipo de autoridad y funcionario del partido, de los sindicatos, del Komsomol, de las administraciones locales... Aleksandr Kosarev e Ivan Jarchenko, presidente del Comité para la Cultura Física, se quedaron incluso a dormir en las inmediaciones.

Durante esos días Nikolái Stárostin, a quien habían asignado tareas de organización, además de técnicas, iba y venía de Tarasovka a Moscú, donde la presión no era menor: «Cartas, telegramas, llamadas de teléfono para darme consejos y desearme suerte... También conversaciones con dirigentes de distinto rango que me explicaban afectadamente que todo el país confiaba en nuestra victoria. [...] Las puertas de nuestra casa en la calle Spiridonevskaja estaban siempre abiertas y el teléfono sonaba veinticuatro horas al día».⁴

Nicolái habría preferido mil veces permanecer todo el tiempo en Tarasovka, ya que allí era donde se tomaban las decisiones importantes. Hacía falta elegir el equipo titular y, sobre todo, la táctica de juego; la W de los vascos había puesto al descubierto las debilidades del viejo sistema de cinco atacantes en línea adoptado por los equipos soviéticos. De estas cuestiones se ocupaba el consejo de entrenadores, que se reunía cada noche y a menudo hasta la mañana siguiente. Pese a su nombre, lo cierto es que no se trataba de un organismo estrictamente técnico. Además de los responsables del cuerpo técnico, también formaban parte de esas reuniones tres ilustres aficionados que ya han sido citados: los escritores Juri Olesa y Lev Kassil y el actor Mijaíl Jansin, cuyas opiniones, según Nikolái Stárostin, más allá de la mera cortesía, merecían ser escuchadas con gran atención.

El asunto más delicado tenía que ver con la disposición de los jugadores en el terreno de juego. Un esquema con cinco atacantes en línea conllevaba resignarse a una situación de extrema vulnerabilidad defensiva. Por otro lado, imponer un sistema totalmente nuevo para los jugadores, y además frente al mejor equipo contra el que jamás habían jugado, podía revelarse contraproducente; dicho en términos menos eufemísticos, podía motivar una paliza apabullante, justo lo último que necesitaba el Spartak, habida cuenta de la trascendencia política del choque.

En esta tesitura, Nikolái no se habría perdido por nada del mundo la última y decisiva reunión del consejo de entrenadores, prevista para la víspera del partido. Por este motivo conducía a toda velocidad por la carretera que llevaba de Moscú a Tarasovka, mientras pensaba sin descanso en jugadores y sistemas. En el coche viajaban su mujer, K. Oganessov —corresponsal del periódico Krasny sport— y el conductor, desde hacía tiempo acostumbrado a ser pasajero, dado que a Nikolái, aunque no tenía carnet de conducir, le encantaba ponerse al volante; a la altura de la pequeña población de Mytishchi realizó un adelantamiento arriesgado y, para evitar un choque frontal contra un camión que avanzaba en dirección contraria, se salió de la calzada. El coche terminó volteado en la cuneta. El responsable del accidente salió milagrosamente ileso; Oganessov y el chófer estaban heridos pero conscientes; sin embargo, la mujer no daba señales de vida. Según sus propias palabras, Stárostin, temblando y aterrorizado, observaba la horrible escena, incapaz de reaccionar, cuando un coche negro bastante grande se detuvo justo al lado. De él se bajó el vicepresidente del NKVD, Prokofiev,⁵ que frecuentaba los estadios y conocía a los Stárostin. Fue él quien se encargó de los primeros auxilios. Hizo que trasladaran a la mujer de Stárostin, inconsciente, al cercano hospital de Mytishchi y, valiéndose de su autoridad, pese a ser tarde, consiguió que la condujeran inmediatamente al quirófano. Llegados a este punto, nada puede ser más expresivo que el testimonio del propio Stárostin, cuyo estilo de escritura reniega con frecuencia de lo trágico y, sobre todo, de lo melodramático: «A lo largo de los años he visto y soportado muchas cosas, pero hasta el día de hoy considero esos minutos como los más horribles de toda mi vida».⁶ Tras, aproximadamente, una hora de espera, el cirujano le informó de que su mujer estaba fuera de peligro y de que no sufriría ninguna invalidez permanente, aunque tendría que permanecer en el

hospital durante un mes. «No tenía ganas de retener las lágrimas que caían por mis mejillas...».7 Nikolái Stárostin jamás volvió a conducir un automóvil.

Con los nervios destrozados, atormentado por su sentimiento de culpa y por haberse dado cuenta, por primera vez en su vida, de cómo un acontecimiento fortuito podía llegar a determinar el destino de cualquier hombre, Nikolái, sin embargo, tuvo que dirigir su pensamiento de nuevo hacia el fútbol. Quedaban menos de veinticuatro horas para ese encuentro que había creado una expectación tan angustiada, pero aún no se habían definido ni la alineación ni, todavía más preocupante, la disposición táctica que debían adoptar los jugadores.

Después de arduas e interminables discusiones, el consejo de entrenadores, presidido por Stárostin, decidió por mayoría aceptar la atrevida propuesta del nuevo entrenador jefe, Konstantin Kvasnin:⁸ enfrentarse a los vascos con sus mismas armas y emplear la inédita —en el fútbol soviético— disposición en W.

Finalmente llegó el día, el 8 de julio, y la «sagrada misión» del Spartak en defensa del honor del deporte soviético y de todo el país comenzó con un episodio bastante ridículo. Debido a la solemnidad del evento, se había decidido que el equipo debía llegar al estadio Dinamo directamente desde Tarasovka, a bordo de cuatro imponentes vehículos estatales a techo descubierto, puestos a disposición por el Inturist, la agencia estatal que se ocupaba de recibir a los turistas extranjeros. No obstante, más allá del efectivo impacto escenográfico, esta iniciativa se reveló bastante inoportuna: durante el trayecto, quizá a causa del estado de la calzada, los neumáticos sufrieron repetidos pinchazos; en cada ocasión, los jugadores tuvieron que bajarse y proceder al cambio de rueda, no sin antes hinchar la de repuesto. Al final, un coche tuvo que ser abandonado en la cuneta. Cuando los tres restantes llegaron a Moscú, comprendieron que habría sido imposible presentarse en el estadio a tiempo para el inicio del partido según la hora establecida, las siete de la tarde. Las calles de acceso estaban bloqueadas por el enorme flujo de espectadores, que llegaban tanto a pie como en sus medios de transporte. Con el permiso de la policía, a los conductores no les quedó otra opción que pasar por el carril izquierdo haciendo uso de sus sirenas,

mientras los futbolistas se cambiaban y se ponían la equipación en los mismos coches (descubiertos).

A las 19.08, ante 90.000 espectadores, sonó el pitido inicial. El Spartak atacó inmediatamente con gran ímpetu y consiguió adelantarse en el marcador hasta en dos ocasiones, pero los vascos empataron con dos goles de cabeza y el primer tiempo concluyó con empate a dos en el marcador. Tras la reanudación, el árbitro, Ivan Kozmacez, señaló penalti a favor del Spartak, lo que provocó airadas protestas en los visitantes; el ambiente estaba muy tenso. Ante tanta confusión, Nikolái Stárostin, desde la banda, intentaba comprender qué jugador parecía más sereno, y se decidió al final por Silovski, oportunamente cedido por el Dinamo de Kiev para la ocasión. Él fue el encargado de ejecutar el penalti, y no falló: 3-2 a favor del Spartak.

Los periódicos de entonces no hicieron mención alguna, como tampoco Nikolái ni Andréi Stárostin en sus memorias, pero según una reciente reconstrucción de los acontecimientos basada en el relato de testimonios oculares, una vez pitado el polémico penalti, los vascos habrían abandonado el terreno de juego en señal de protesta y habrían vuelto solo gracias a la intervención de Molotov.⁹ Todo ello habría acarreado la interrupción del partido durante unos cuarenta minutos.¹⁰

En todo caso, después del tercer gol del Spartak el encuentro cambió radicalmente y de forma imprevista: los visitantes perdieron la concentración y terminaron encajando otros tres tantos. Resultado final: Spartak de Moscú 6-2 Selección del País Vasco. Ni los más optimistas podrían haber vaticinado un resultado semejante.

Una victoria anhelada durante muchísimo tiempo y, al menos a primera vista, indiscutible. Tácticamente supuso el triunfo del coraje: la disposición en W, nunca antes experimentada, había funcionado a la perfección, sobre todo gracias a la extraordinaria prestación de Andréi Stárostin, habitual centrocampista, que había sabido adaptarse magníficamente a su nueva posición de defensa central.¹¹

De ese memorable encuentro salió reforzado todo el fútbol nacional, más seguro ahora de sí mismo y de su capacidad para competir al máximo nivel. «Se ha conseguido una victoria ante un rival reconocidísimo a nivel europeo. La convincente superioridad del Spartak ha demostrado con gran evidencia la fuerza y la clase del fútbol soviético», comentó K. Oganessov (uno de los pasajeros del coche conducido por Nikolái Stárostin en el momento del accidente) en las columnas del Krasny sport.¹²

No obstante, entre tanto regocijo sonó una nota discordante. Unos días después del partido, apareció en el mismo Krasny sport una noticia de escasas líneas en las que se informaba de que, a causa del penalti injustamente pitado a favor del Spartak durante el partido contra la selección vasca, el árbitro, Ivan Kozmacev, había sido expulsado del colegio de árbitros soviéticos. Nikolái Stárostin afirma, con el tono de quien reproduce un hecho consumado de puertas adentro, que la medida fue impuesta por los dirigentes del Dinamo, o sea, del NKVD.¹³ Además no evita mencionar una circunstancia bastante anómala y sorprendente: el árbitro del esperadísimo encuentro trabajaba como dirigente en la oficina contable del consejo central del Spartak. Este hecho justifica la sospecha de que la elección arbitral no fue casual, sino que respondía a la intención de favorecer lo máximo posible al equipo anfitrión. Respecto al posible organizador de la trama, el personaje más poderoso envuelto en el affaire (y aquel a quien una derrota del Spartak más podría haber perjudicado) era el secretario del Komsomol, Aleksandr Kosarev...

La delegación vasca, por cierto, concluyó su gira por la Unión Soviética con cuatro claras victorias en otros tantos partidos.

Después de haber defendido con brillantez el honor del fútbol soviético, el Spartak se trasladó a Europa Occidental para participar en las Olimpiadas de los Trabajadores, en Amberes, y en la Copa del Mundo por Equipos de Trabajadores, disputada con ocasión de la Exposición Universal de París. Los moscovitas, con Andréi Stárostin retrasado a posiciones defensivas, dominaron

ambos torneos sin perder ni empatar ningún partido. Teniendo en cuenta que los adversarios eran aficionados, los éxitos fueron acogidos sin grandes triunfalismos. Por lo demás, tampoco los futbolistas y atletas soviéticos eran en general profesionales, al menos en el sentido de que tenían, además del deporte practicado, otra ocupación remunerada. En todo caso, no se pretende volver aquí al amplio debate acerca del «profesionalismo de Estado».

Quizá debido a la euforia de sus triunfos recientes, Nikolái Stárostin concibió un programa grandioso y vagamente megalómano (por otra parte, en consonancia con el espíritu de los tiempos) para la celebración de la Jornada de la Cultura Física, cuya organización había sido encomendada al Spartak por segundo año consecutivo. Se había establecido que los protagonistas serían la natación y los deportes de remo. Con el objetivo de permitir que los atletas se exhibieran en su hábitat natural, se planteó hacer que sobre la misma Plaza Roja fluyera un pequeño río de seis metros de ancho y tres de profundo, y que terminaría desembocando a las aguas del Moscova. El proyecto era atrevidísimo pero realizable: los ingenieros habían calculado todo al detalle. Sin embargo, no pudo llevarse a cabo al enfrentarse a dos objeciones incuestionables. En primer lugar, para dotar de agua al río se habría tenido que interrumpir el aprovisionamiento hídrico del Kremlin durante veinte interminables minutos; en segundo lugar, un infausto accidente habría podido inundar la tribuna del mausoleo de Lenin, desde la que presenciarían el evento las máximas autoridades del país.¹⁴

Así, Stárostin tuvo que conformarse con un carro alegórico con forma de gigantesca bota de fútbol, a bordo del cual desfilaron con sus equipaciones los jugadores del Spartak. Una enorme pancarta recordaba la histórica victoria ante la selección del País Vasco.

El 21 de agosto de 1937 los periódicos publicaron la lista de condecoraciones a sociedades deportivas y atletas soviéticos. El máximo reconocimiento, la Orden de Lenin, fue concedido al «antiguo», benemérito Dinamo, pero también al imberbe Spartak y, suscitando una profunda contrariedad en los ambientes del NKVD, a la persona de Nikolái Stárostin, responsable del Spartak.¹⁵

Cincuenta años después de la ceremonia, que tuvo lugar en el Kremlin, precisamente en la suntuosa sala de San Jorge, Nikolái Stárostin todavía recuerda «las copas rotas, el mantel blanco manchado de vino, la pasmosa divergencia entre el líder y sus retratos: bajo de estatura, extraordinariamente pálido, con la cara virolenta...».¹⁶ Con cierto disgusto en su descripción, Stárostin compara el evento con un festín en tiempos de peste, pues 1937 fue uno de los años más oscuros del terror estalinista.

VIII.

Beria

También el Spartak, bendecido por el éxito en cada reto deportivo en que participaba y amado por millones de ciudadanos soviéticos, comenzó a advertir los primeros e inquietantes signos de envidia de los dioses.

A la vuelta de sus visitas a Bélgica y Francia, ambas saldadas con victoria, el equipo se encontró en la estación Belorussky con la más inesperada de las acogidas: no había nadie, salvo parientes y amigos con rostros perplejos y sobre todo preocupados. Desde hacía días corría el rumor en Moscú de que en Europa Occidental el equipo no se había esforzado lo suficiente para mantener a salvo el honor del fútbol soviético. El hecho de que hubiera vencido todos los partidos disputados no parecía importar.

Pero eso no era todo. En los periódicos aparecieron artículos en los que se acusaba a los jugadores del Spartak de disfrutar del estilo de vida burgués. E, incluso, se señalaba la fuente de tal corrupción de las costumbres: los hermanos Stárostin. Finalmente se procedió a dar detalles concretos, con la denuncia de una escandalosa práctica vigente en el seno de la sociedad del Spartak: la retribución de sus atletas. En efecto, el club entregaba a los deportistas de categoría nacional la suma de ochenta rublos mensuales, bajo autorización escrita del Comité para la Cultura Física. Esta última circunstancia no era mencionada por los periódicos.

Legítimamente preocupados, los cuatro hermanos (Nicolái, Aleksandr, Andréi y Piotr) se dirigieron al más poderoso de sus «protectores» políticos, el secretario del Komsomol, Aleksandr Kosarev, quien los recibió y tranquilizó. No obstante, como observa Nicolái,¹ se mostró nervioso e inquieto, en contraste con su

habitual imperturbabilidad.

En todo caso, la campaña de la prensa contra la familia Stárostin se interrumpió, y en Izvestiya incluso se publicó un breve comunicado que anunciaba la retirada de toda acusación contra ellos.

Pese a ello, no había razones de peso para estar tranquilos. En el mundo del deporte los arrestos se daban a centenares,² con acusaciones manifiestamente inverosímiles, desde el espionaje a favor de potencias enemigas hasta el tráfico de divisas.

Cuando la máquina represora construida por el NKVD llegó hasta Aleksandr Kosarev, arrestado bajo mandato de Beria³ los Stárostin comenzaron a temerse lo peor.

Mientras tanto, en el terreno de juego el Spartak se mostraba intratable: durante dos temporadas seguidas (1938 y 1939) se hizo tanto con la Liga como con la Copa de la Unión Soviética, hazaña jamás igualada hasta el día de hoy.⁴

Cada nuevo éxito, inevitablemente, elevaba la exposición de los dirigentes más visibles del club a la envidia y el deseo de venganza de los peligrosos rivales del Dinamo. Por suerte estos sentimientos no eran compartidos por los futbolistas de ambos equipos; según los testimonios concordantes de Nikolái y Andréi Stárostin, la relación en el campo siempre había sido correcta e incluso cordial. A decir verdad, entre estas dos sociedades en continua y obstinada rivalidad tampoco faltó un gesto de distensión, encarnado en un amistoso de treinta minutos de duración organizado en la Plaza Roja el 18 de julio de 1939 y finalizado con un diplomático empate a cero. Este evento quiso resarcir a algunos de los enemigos de los Stárostin de la humillación sufrida tres años atrás, cuando, en la misma plaza —la más sagrada de toda la nación— el Spartak

había tenido el incalculable honor de dar a conocer el fútbol al mismo Stalin. Pero eso no bastó.

El destino quiso que Lavrenti Beria,⁵ sucesor (de forma sangrienta, como era habitual) de Yezhov⁶ como máximo responsable del NKVD, fuera un gran aficionado al fútbol, deporte que por otra parte él mismo había practicado en su juventud. Quizá por ello Beria se tomó muy en serio el título de presidente honorífico del club pansoviético Dinamo, concedido de forma automática a todo aquel que ocupara su cargo.

A decir verdad, a los altos jefes del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos y de la policía política siempre les había gustado dejarse ver de vez en cuando por el palco de la tribuna de honor del estadio del Dinamo, y algunos hasta se creyeron grandes entendidos en fútbol, aunque no fueran más allá de comentar algunas fases del juego con los periodistas o de aleccionar brevemente a los jugadores después de los encuentros.

La de Beria, en cambio, se convirtió en una presencia indefectible en cada encuentro moscovita del Dinamo. Atletas, técnicos y dirigentes de todos los clubes se acostumbraron pronto, y el hecho de que un exfutbolista ocupara uno de los roles clave del poder estatal alimentaba en el ambiente una ingenua esperanza de protección. También Nikolái Stárostin creyó que sería así al principio, pero cuando se reunió personalmente con el interesado se llevó una impresión nada reconfortante:

Mientras observaba a Beria me preguntaba: ¿cómo puede alguien ser una buena persona con ese aspecto? Había engordado mucho; pese a su estatura mediana debía de pesar una barbaridad. Hinchado, con el cuello que sobresalía del cuello de la camisa en cientos de pliegues informes, los labios gruesos, siempre húmedos. Y los ojos saltones, como dos bulbos, que te miraban fijamente a través de sus quevedos. Con toda la buena voluntad del mundo, en aquellas grandes pupilas era imposible encontrar nada humano.⁷

En el mundo del fútbol se empezó a hablar de las reprimendas del «señor de Lubianka» a los futbolistas del Dinamo cuando los resultados no acompañaban, con referencias nada veladas a ametralladoras y fusilamientos. De esa forma tan particular demostraba su cariño por el club y se consideraba a la vez legitimado para hacer literalmente cualquier cosa.

El Spartak obtuvo una primera prueba tangible de ello en 1939. A finales de agosto los moscovitas se enfrentaron en la semifinal de la Copa de la Unión Soviética al Dinamo Tbilisi, al que derrotaron por 1-0. Durante los días siguientes, los georgianos presentaron una reclamación porque, en su opinión, en el tanto del Spartak el balón no había cruzado completamente la línea de gol. La comisión competente del Comité para Asuntos de la Cultura Física y el Deporte rechazó la reclamación y confirmó el resultado de la semifinal. El 12 de septiembre, en Moscú, frente a 70.000 espectadores, el Spartak superó 3-1 en la final al Stalinec de Leningrado y conquistó la copa por segundo año consecutivo.

Tres semanas después, el Dinamo Tbilisi se presentó en Moscú para repetir la semifinal. Hasta ese momento el Spartak no había sido informado de nada. Intuyendo que las autoridades deportivas habían sido totalmente maniatadas en este inaudito asunto, Nikolái Stárostin, en calidad de director del Spartak, se dirigió a las más altas instancias políticas —entre las que contaba con numerosas amistades— para pedir justicia. No sirvió. Su argumentación, sencilla y racional, de que era absurdo repetir una semifinal después de que la reclamación hubiera sido rechazada y de que ya se hubiera jugado la final y entregado el trofeo, obtuvo como respuesta una amenaza de expulsión del partido. Cuando aclaró que no estaba inscrito en el partido, se le planteó la hipótesis de ser apartado de todo cargo en el seno de la sociedad del Spartak. Nadie, en ese momento, tuvo dudas acerca de que aquellas maniobras respondían a un capricho de Lavrenti Beria.

El Spartak encaró aquel encuentro que nunca quisiera haber jugado con una plantilla plagada de sancionados y lesionados. Especialmente importante era la

ausencia del jugador clave de su nuevo esquema táctico, Andréi Stárostin, que se había roto una mano durante un partido contra el CDKA.

Pero los rojiblancos llevaban dos años en estado de gracia; nadie podía superarlos, al menos en el terreno de juego. Así pues, también ese día, 30 de septiembre, se impusieron por 3-2 en el estadio Dinamo y ante 80.000 espectadores. En cuanto a Lavrenti Beria, tras el tercer gol del Spartak (3-1) se levantó enrabiado de su asiento y abandonó el palco de honor.

Para entender la aspereza del momento, y en cierto modo también su épica, basta con leer el comentario del siempre comedido Nikolái Stárostin: «Pese a los años transcurridos desde aquella inmotivada batalla, su recuerdo todavía permanece nítido en mi memoria. Antes, en el equipo, cuando alguien quería expresar el máximo respeto hacia un jugador, decía: “Ha jugado contra los vascos”. Desde ese día, la mayor loa fue: “Él también jugó contra los georgianos”».⁸

Frustrado el intento de revancha del Dinamo Tbilisi, el omnipotente jefe del NKVD, con toda probabilidad, perdió el interés por el asunto, de modo que el Comité para la Cultura Física pudo decidir libremente y con sentido común que no se repitiera la final, y así el Spartak fue proclamado legítimo vencedor de la copa.

De alguna forma la justicia había sido restablecida, pero Nikolái Stárostin no conseguía desprenderse de la sensación de peligro y angustiosa inquietud que lo atenazaba.

Por lo demás, el origen de sus malos presentimientos no era en absoluto remoto; por el contrario, entre ellos dos se había venido instaurando una especie de gélida e irónica costumbre:

El Estanque de los Patriarcas era una de las mejores pistas de patinaje, y allí se celebraban en invierno los partidos de hockey sobre hielo por el título de la ciudad de Moscú. Beria, que vivía muy cerca de aquel lugar, iba de vez en cuando a echar una ojeada a nuestros partidos, acompañado por sus guardias del cuerpo y su infinita corte. Han pasado más de cincuenta años, pero todavía recuerdo su primera visita. Me acerqué tal y como estaba, con los patines puestos. Hablamos durante un rato, solo acerca de temas deportivos. Quién jugaba, qué novedades había en el equipo, etcétera. Acto seguido, me dijo:

—Vuelva, Nikolái, vuelva a jugar. Ya nos lo ha explicado todo, ahora podemos ver el partido nosotros solos. Gracias por las explicaciones.

Me presentó a su séquito:

—Este es Stárostin, el que se me escapó una vez en Tiflis.

Satisfecho por el efecto provocado —ni yo ni su corte sabíamos cómo reaccionar, qué responder—, me recordó un partido de hacía mucho tiempo y que yo había olvidado completamente. A principios de los años veinte la selección de Moscú jugó en Tiflis. Entre nuestros adversarios había un centrocampista izquierdo fuerte, no muy técnico pero sí duro. Era Beria. Como yo jugaba de interior derecho, me topé varias veces con él durante el partido, y, con la velocidad que tenía entonces, superarlo no me supuso una gran dificultad. Además, en el segundo tiempo y después de haberlo sorteado por enésima vez, marqué un gol. [...] Como si me leyera el pensamiento, Beria, mirándome fijamente, añadió:

—¿Ve, Nikolái, las vueltas que da la vida? Todavía está usted en forma, mientras

que yo ya no valgo para practicar deporte.

Me sentí muy incómodo bajo esa mirada tan fría...⁹

El caprichoso destino hizo que una vez más, en el mismo año de 1939, el Spartak derrotara a uno de los conjuntos con los que simpatizaba el jefe del NKVD. En un día nevado de finales de octubre, los moscovitas barrieron de nuevo al Dinamo Tbilisi y se adjudicaron por segunda vez consecutiva el título de campeones de la Unión Soviética.

Tal circunstancia no pudo sino acrecentar el enojo de Beria con el Spartak y, sobre todo, con la familia Stárostin, cuyo futuro, a estas alturas, podría decirse que ya estaba marcado.

Viendo también el ambiente general, con arrestos y desapariciones diarios, los cuatro hermanos sentían que lo inevitable estaba a punto de suceder; lo único que no sabían era cuándo. Cualquier momento podía ser el definitivo. De hecho, en 1939 la «solución final» para los Stárostin ya estaba lista. El secretario del Komsomol, Aleksandr Kosarev, fusilado ese mismo año, había «revelado» en su confesión la existencia de un complot, ideado y dirigido por sí mismo, para eliminar a los más altos mandatarios del partido y del Gobierno. La ejecución del plan, proseguía la declaración de Kosarev, se había dejado en manos de un comando compuesto por deportistas y encabezado por Nikolái Stárostin. En esencia, el NKVD había instruido el caso a la perfección: nada podía sonar más irrefutable y definitivo que la declaración de un criminal ya condenado y ejecutado. Y, sin embargo, por una vez un mecanismo tan bien montado y engrasado se atascó justo en el último instante. Se dio un hecho absolutamente imprevisto e impredecible: Molotov, el jefe del Gobierno de la Unión Soviética, rehusó firmar las órdenes de detención de los Stárostin.

Sin haber conocido personalmente a Molotov, Nikolái Stárostin encuentra la única explicación a este inesperado acto de clemencia en el hecho de que su hija Yevguéniya y la hija del político, Svetlana, coincidieran en el mismo colegio y fueran amigas.¹⁰

Fuera por el motivo que fuera, con la decisión de Molotov se dio uno de los extraños casos en que una decisión del omnipotente Beria se veía frustrada. Si en esa ocasión, como en tantas otras, hubiera podido llevar a cabo su plan, consideradas la gravedad de la acusación y la presencia de la confesión de Kosarev, con toda seguridad las cuentas pendientes con la familia Stárostin se habrían saldado para siempre.

IX.

El arresto

El 22 de junio de 1941 estaba previsto en Leningrado el enfrentamiento entre el Krasnaja Zarja y el Spartak de Moscú. A primera hora de la mañana, Nikolái Stárostin, alojado junto con el equipo en el Hotel Astoria, recibió una llamada telefónica lacónica y pavorosa de su amigo de la infancia Sergéi Lomakin, exfutbolista y jugador de hockey, que formaba parte del cuerpo de defensa antiaérea de la capital nortea: «Acaban de enviarme al cuartel. ¡Estamos en guerra!»

Ambas formaciones llegaron a un estadio mudo y desértico y permanecieron más de una hora en los vestuarios a la espera de instrucciones. Cuando se comunicó oficialmente que el partido no se disputaría, un único deseo se adueñó de la comitiva moscovita, de la que formaban parte los cuatro Stárostin: volver cuanto antes a casa.

La estación de tren Moskovsky, abarrotada de personas que se abalanzaban a los vagones, parecía un hormiguero enloquecido; mientras, tropas y vehículos acorazados tomaban las calles. Una de las mayores pesadillas del ser humano estaba convirtiéndose de pronto en realidad.

Durante el conflicto, muchas industrias y empresas de Moscú se trasladaron a la remota Taskent, capital de Uzbekistán, así como una parte de la población, incluidos muchos deportistas con sus respectivas familias. Los Stárostin decidieron quedarse en Moscú. Durante el día acudían a sus puestos de trabajo habituales, es decir, a fábricas cuya producción había sido redirigida según las necesidades bélicas, mientras que por la noche participaban en turnos de vigilancia para apagar las bombas incendiarias caídas sobre el techo de sus

viviendas. No quedaba apenas tiempo para descansar, y mucho menos para dedicárselo al fútbol.

Pero a veces el deseo de distraerse, de una cierta normalidad, se hacía irrefrenable. Cuenta Andréi Stárostin:

Un día, agotado por todas las horas arrebatadas al sueño, aproveché un rato libre para ir a Tarasovka. Era necesario controlar las condiciones de nuestro centro de entrenamiento estival. Me acompañaron tres amigos: el actor M. Jansin y los directores A. Arnold y P. Lesli. En Tarasovka todo estaba irreconocible. Sobre el campo de juego, cubierto de maleza, algunos niños corrían detrás de un balón desgastado. El aire fresco de la primavera nos embriagó. Fuimos a cambiarnos y, en pantalones cortos, nos unimos a los chicos. Éramos pocos, no los suficientes como para formar dos equipos, por lo que jugamos a lo ancho del campo, con las porterías delimitadas por dos ladrillos. Tenía siempre cerca a un jovencito con el pelo oscuro. Le pasaba la pelota, él la controlaba con agilidad, regateaba a Jansin y me la devolvía. ¡Bravo!

—¡Será un gran jugador! —gritaba Jansin [...].

—Sëreza, ¿cuál es tu apellido? —le pregunté antes de despedirnos, mientras me volvía a cambiar para volver a la ciudad.

—Salnikov —me respondió, tímido, el muchacho.

Sí, era justamente Sergéi Salnikov,¹ el célebre mediapunta del Spartak. Ese día comenzó su carrera, la larga y gloriosa carrera de un grande del fútbol.

Para mí, en cambio, este fue el último partido. No volvería a jugar más.²

Si en 1939 los hermanos Stárostin se encontraron al borde del abismo, tres años más tarde ese mismo abismo los engulló. La guerra se intensificaba, y se podría decir que había por aquel entonces algo más importante en lo que pensar además del fútbol y las venganzas personales. Sin embargo, Beria no era de la misma opinión. Y la firma de la orden de detención, no concedida en 1939 por Molotov, llegó de mano de Malenkov,³ secretario del Comité Central del Partido Comunista.

El 17 de marzo de 1942 Nikolái Stárostin se dio cuenta (o, mejor, fue su chófer quien se lo hizo notar) de que un automóvil con dos personas a bordo los seguía a todas partes. Frente a la sede del Spartak se bajó del coche y se dirigió hacia los ocupantes del vehículo, «dos siniestros individuos que llevaban un gorro idéntico».⁴ Sin esperarse el movimiento de Stárostin, los agentes vestidos de paisano arrancaron y se marcharon. No sucedió nada más durante algunos días, pero Nikolái, comprensiblemente alarmado, recurrió a sus conocidos de la esfera política e institucional y pidió protección. Recibió garantías sinceras pero ilusorias.

El 21 de marzo, antes del amanecer, sucedió lo inevitable:

Fui despertado por una luz cegadora que me llegaba directamente a los ojos. Dos linternas apuntadas hacia mi cara, dos manos armadas con pistolas y una voz baja, desagradable:

—¿Dónde está el arma?

La escena parecía más bien cómica. Tenía casi la impresión de estar durmiendo todavía, sumido en una pesadilla. El grito «¡levántate!» me recondujo bruscamente a la realidad.

—¿Por qué hacen tanto ruido? Van a despertar a las niñas. El revólver está en el cajón del escritorio. También está la licencia de armas.

—¡Vístase! Aquí tiene la orden de detención.

En cuanto se hicieron con el revólver, los agentes se calmaron. Les habían advertido que Stárostin era un peligroso terrorista y, como buenos chequistas, estaban preparados ante una eventual reacción armada [...].

Sin permitir que cogiera ningún objeto, me llevaron con ellos. Lo último que vi mientras me metían en el coche fueron dos ventanas angustiosamente iluminadas sobre el fondo oscuro, muerto, del edificio.

Después de diez minutos exactos me encontraba en la Lubianka.⁵

Me esfuerzo por recordar cuál era mi estado de ánimo en esos momentos. ¿Sorpresa? ¿Incredulidad? ¿Estado de shock? ¿Miedo? Aunque pueda parecer extraño, no. Para ser precisos, una ansiosa curiosidad. Entendía que había sucedido algo que cambiaría bruscamente mi vida. Y, con toda probabilidad, durante muchos años.

[...] Después de cachearme meticulosamente, me encerraron en una celda estrecha y oscura. Un par de horas más tarde la puerta se abrió y un joven guardia me ordenó con ostentosa brutalidad:

—¡Stárostin, Andréi, sal!

Lo miré sorprendido y respondí:

—Soy Stárostin, pero no Andréi.

El joven se quedó confundido. Había cometido una gran equivocación. Por el momento no tenía que conocer la suerte de mis hermanos.

Entendí que Andréi estaba en una celda cercana. Él y Piotr fueron arrestados esa misma noche. Poco después les tocó a los maridos de nuestras hermanas, Vera y Klavdiya, los famosos futbolistas Piotr Popov y Pável Tikston, y a dos amigos íntimos de nuestra familia, también jugadores del Spartak de Moscú, Evgeniy Arkhangelsky y Stanislav Leuta. Poco después, un soldado de la escolta, infringiendo el reglamento, me susurró: «Se han llevado a Aleksandr». Mi hermano formaba parte del ejército con un rango de mayor, por lo que probablemente habían necesitado algo más de tiempo para ejecutar su arresto. Con él se cerró la lista de los implicados en el misterioso caso Stárostin.⁶

Nikolái, igual que sus «cómplices», fue conducido a través de los angostos y tétricos pasillos de la Lubianka hasta una celda de aislamiento en la que pudo leer por primera vez, escrita con grafía incierta en la pared, una frase que se encontraría puntualmente durante más de un decenio en toda la serie de cárceles de detención y de tránsito que lo aguardaban: «Fedot, ¡no te fíes del juez

instructor!». Fruto de la experiencia de miles y miles de personas que habían pasado por esos mismos y tenebrosos lugares, esa exhortación representaba la única técnica de defensa para aquellos que habían caído en la espiral del derecho estalinista.

Ahora era su turno. Durante días, semanas, meses permaneció en aislamiento absoluto en su celda oscura, como si se hubieran olvidado de él. Se siguió el procedimiento habitual, ya rutinario, de los cómitres: angustia e incertidumbre para la víctima, en soledad con sus propios pensamientos.

Mientras tanto, en el Spartak sucedía algo inesperado y particularmente desagradable. Los hermanos Sergéi y Piotr Artemev, miembros de la familia que junto con los Stárostin había fundado el club, pretendían organizar un traspaso masivo de jugadores al Piscevik. El 7 de abril, en la sede de esta última sociedad deportiva, Piotr pronunció un melodramático discurso en el que, entre otras cosas, definió al Spartak como «el hijo degenerado del Piscevik». Sergéi, el hermano menor, corroboró las palabras de Piotr. Por suerte, la intervención (bastante inesperada, teniendo en cuenta las circunstancias) del Consejo Pansoviético para la Cultura Física desarboló el intento de los Artemev. El episodio terminó el 13 de abril con la expulsión de Sergéi del Spartak por «tentativa ilícita de traspaso».

A Nikolái Stárostin le llegó por fin el momento de su primer interrogatorio. Dos guardias lo acompañaron a través de los pasillos desiertos mientras golpeaban rítmicamente las llaves contra la hebilla de sus cinturones para avisar de su paso. El juez instructor, el capitán Rassypnisky, firmó un documento en el que se registraba la hora de llegada del detenido; al final del interrogatorio señalaría en el mismo documento la hora de salida del detenido de su oficina. Ese procedimiento se repetiría una y otra vez.

El primer diálogo con el inquisidor fue muy breve y se vio rápidamente interrumpido por una alarma aérea; pero fue significativo gracias, sobre todo, a

su tono paradójico (digno de aquellos presentes, en una escena similar, en la novela *La facultad de las cosas inútiles*, de Yuri Dombrovski).⁷

—¿Stárostin, Nikolái Petróvich?

—Sí.

—¿Sabe usted por qué está aquí?

—No.

—¿No ha pensado en ello?

—Sí, lo he pensado.

—¿Y cuál es su conclusión?

—No consigo explicarme la razón de mi arresto. Sospecho que se trata de un malentendido.

—Vamos, ¿no sabe que nadie termina aquí por un malentendido?

—Pueden darse excepciones.

—Aquí se equivoca: para los enemigos del pueblo no existen excepciones, sino medidas excepcionales... [...] La próxima vez le aconsejo recordar aquello que nos interesa [...] si pretende conservar su vida...⁸

Las conversaciones siguieron por estos derroteros durante un par de meses, sin que el sumario avanzara lo más mínimo.

Hasta que una noche el recorrido por los pasillos subterráneos de la Lubianka cambió y Nikolái se encontró en una sala bien iluminada frente al coronel Esaulov, jefe de la comisión investigadora. El coronel le comunicó, muy jovialmente, que negarse a colaborar no hacía sino exponer a graves peligros a su espléndida familia...

El detenido comprendió que el periodo de las palabras amables había terminado. Desde ese momento y durante semanas casi no se le permitió descansar. Todo según las normas, que en ese contexto vejatorio debían ser respetadas. De 7 de la mañana a 10 de la noche no se permitía dormir a los presos; a las 21.00 los guardas los sacaban de su celda, y el interrogatorio se desarrollaba durante toda la noche. A las 6.30-6.45 volvían a su celda, donde la luz estaba siempre encendida. Stárostin perdió en pocos días la noción del tiempo y, pese a su constitución de atleta, poco a poco comenzó a tener problemas de equilibrio y locomoción. El camino de la celda al despacho del juez se hacía cada vez más fatigoso. En vista del estado físico del prisionero, Esaulov creyó por fin oportuno prometer, siempre de muy buen humor, un día entero de descanso sin interrupciones a cambio de una simple confesión. Ante la negativa de Nikolái, el jefe de la comisión investigadora perdió los estribos por primera vez e interrumpió la sesión.

La siguiente vez fue el turno de su subordinado, el odioso Rassypninsky, quien descubrió sus cartas y formuló una acusación oficial: intento de homicidio de la dirigencia del Estado soviético, incluido Stalin. El atentado terrorista, organizado por el entonces secretario del Komsomol, Aleksandr Kosarev, habría tenido lugar en 1937, con ocasión de la Jornada de la Cultura Física; al pasar ante el Mausoleo de Lenin a bordo del recordado carro alegórico en forma de bota de fútbol, los jugadores del Spartak, encabezados por los Stárostin, habrían abierto fuego contra las autoridades.

Pese a su delicado estado psicofísico, el detenido conservaba la lucidez suficiente como para entender que reconocer aquella absurda acusación no habría servido de nada: era vital encontrar alguna prueba que lo absolviera. Y cuanto antes. En este sentido, recibió una ayuda involuntaria de Rassypninsky, quien le mostró una foto del carro alegórico. Nikolái lo observó durante un momento, mientras se esforzaba febrilmente por recordar cualquier detalle de aquel día espléndido y lejano.

Y por suerte encontró aquello que le hacía falta. Primero: él jamás llegó a subirse a la gigantesca bota; se mantuvo en todo momento en tierra, unos treinta metros adelantado con respecto al vehículo. Segundo: los jugadores, como demostraba la foto, estaban todos en pantalón corto y camiseta de juego, por lo que no habrían podido ocultar ningún arma. Tercera y decisiva circunstancia: a bordo de la bota, y con la misma equipación del Spartak, había, mezclados entre los jugadores, dos agentes del NKVD, cuyos nombres y apellidos no debían de ser difíciles de encontrar. ¿Era posible que no se hubieran percatado de nada?

En ese momento Rassypninsky tuvo que cambiar de estrategia. Nunca podría poner en duda la eficacia operativa del NKVD; de hacerlo pondría en peligro su carrera, o incluso algo más.

Fracasado el primer asalto, el juez instructor recurrió de inmediato a una acusación de reserva. Del atentado político pasó, más modestamente, al robo de

un camión cargado de telas que durante los primeros meses de guerra había desaparecido durante el trayecto entre la ciudad de Ivanovo y un almacén perteneciente al Spartak.

Nicolái desconocía la existencia de ese camión, que simplemente, en la confusión del primer periodo bélico, había llegado a un destino equivocado y después de algún tiempo había sido localizado de nuevo. En cualquier caso, el NKVD había hecho correr la voz en Moscú de que los Stárostin se habían apropiado de un bien público y que por ello habían sido arrestados. En definitiva, no había razón para tratarlos como víctimas.

La cuestión del cargamento de telas fue protagonista durante un par de semanas (hasta que apareció de nuevo); después, de forma inesperada, volvió la calma: se acabaron los interrogatorios y se le concedió de nuevo descanso nocturno.

Con aprensión, Nicolái comenzó a pensar que, si no obtenían nada de él, las autoridades se centrarían en sus hermanos. Pecaba de optimismo. En realidad, los cuatro habían recibido desde el primer momento el mismo trato: muy poca comida, interrogatorios nocturnos, imposibilidad de conciliar el sueño. Además, Piotr, el más joven e «insolente», fue golpeado con frecuencia. Pero ninguno llegó a confesar.

La tregua se explicaba por el hecho de que el NKVD estaba interrogando a todos los trabajadores y colaboradores de la sociedad del Spartak en busca de cualquier mínimo detalle sobre el que construir una nueva acusación.

Y el trabajo dio su fruto, ya que emergió una nueva acusación contra Nicolái Stárostin: propaganda del deporte burgués.

Los hechos que motivaron la imputación fueron los siguientes: en el despacho de Nikolái se estaba discutiendo acerca de la razón por la que las reuniones de atletismo atraían a muy pocos espectadores. Nikolái había expresado la opinión de que uno de los motivos principales era el excesivo tiempo transcurrido entre prueba y prueba; había que intentar crear un programa cerrado, prosiguió, como aquel de una reunión de atletismo ligero a la que había tenido oportunidad de asistir en Finlandia.

El episodio, con toda probabilidad mencionado sin malicia por un tenista y jugador de hockey amigo de la familia de Nikolái, fue resumido en estos términos por Rassypninsky en el acta del interrogatorio: «Stárostin ha elogiado públicamente el deporte burgués y de este modo ha intentado difundir entre nosotros las costumbres del mundo capitalista».⁹

Como apoyo a esta nueva tesis también se mencionó la práctica (aceptada por las autoridades competentes) del Spartak de pagar a sus deportistas de nivel nacional un sueldo mensual de ochenta rublos.

De terrorista a ladrón de un cargamento de telas para terminar a difusor del deporte burgués: la gravedad del crimen se había reducido sensiblemente, signo inequívoco de las dificultades de los órganos acusadores a la hora de instruir el caso; y, sin embargo, una vez en manos del NKVD, uno no podía esperar salir indemne. Además, existía siempre la posibilidad de ser condenado sin proceso, a través de una simple disposición administrativa de la troika, un organismo judicial formado por tres personas. Y en ese caso no existía siquiera la posibilidad de una amnistía.

A estas alturas del proceso, se le asignó un compañero de celda a Nikolái (de repente el aislamiento había terminado), un exfiscal. Casualmente, durante los mismos días también su hermano Piotr compartió su celda con un detenido conocedor de los procedimientos judiciales.

Por lo demás, los agentes estaban buscando por diferentes medios conseguir una confesión, sobre todo de Nikolái, cuya autoridad en el seno familiar era bien conocida. Los tres hermanos seguramente habrían seguido sus pasos. Así, las amenazas se alternaban con vagas y falsas promesas, como aquella de poder reducir la pena combatiendo en el frente.¹⁰ La carta vencedora fue la concesión de un encuentro con su mujer, a la que Nikolái solo pudo preguntar cosas pactadas de antemano con el juez instructor. Las respuestas fueron tranquilizadoras, aun con alguna omisión forzada.

Al comprender que no existía otra vía de escape, Nikolái se decidió por el mal menor y reconoció como suyas las frases que se le habían atribuido a propósito del deporte en los países occidentales; además, reconoció comentarios parecidos (inventados con ayuda de su compañero de celda) de sus hermanos. Ellos conocían la grafía de Nikolái y, cuando leyeron la confesión, tanto Aleksandr como Andréi, confiando ciegamente en el cabeza de familia, la confirmaron. Piotr, en cambio, pidió reunirse con su hermano y hablar con él. Las autoridades, ansiosas por cerrar el caso, le concedieron ese encuentro. Fue difícil para ambos contemplar el estado físico en que se encontraba el otro. De hecho, los maltratos sufridos por Piotr durante los interrogatorios le habían causado la formación de dos cavernas tuberculosas de las que tuvo que ser operado a su regreso a Moscú en los años cincuenta.

El más «afortunado» fue Aleksandr; el juez instructor que se ocupó de él decidió dejarlo tranquilo, en espera de la confesión de algún otro Stárostin.

La peor parte se la llevó Andréi, quien, como consecuencia de la tortura del sueño, sufrió una lesión en el pabellón auditivo y perdió durante un mes y medio la facultad de locomoción, que recuperó en la enfermería de la cárcel de Butyrka. Esta circunstancia causó un retraso en la celebración del proceso:¹¹ llevar al juzgado al capitán de la selección soviética de fútbol en silla de ruedas no habría dado en absoluto una buena imagen.

A la hora de hablar de los dos años que pasó junto con sus «cómplices» en la Lubianka, Nikolái reconoce que a los protagonistas del conocido como caso Stárostin se les reservó un trato bastante más clemente que a muchos otros, y atribuye el mérito de ello al enorme seguimiento popular del Spartak, a cuya sociedad estaba profundamente ligado el nombre de su familia.

Los cuatro hermanos fueron condenados a diez años de trabajos forzados; Stanislav Leuta y Evgeniy Arkhangelsky, a ocho cada uno.

Después de la lectura de la sentencia, los imputados, que (salvo en la breve reunión entre Piotr y Nikolái) no se habían visto desde que había empezado todo, fueron conducidos a la prisión de Butyrka, donde pasaron la noche en la misma celda. Recuerda Nikolái Stárostin: «En cuanto se cerró la puerta nos desternillamos de risa todos juntos. Diez años de campo en aquellos tiempos eran casi una absolución. El futuro no se presentaba tan oscuro, a fin de cuentas».¹²

A la mañana siguiente fueron separados, y no se volverían a ver hasta doce años después, a excepción de un encuentro fortuito entre Nikolái y Aleksandr en una prisión de tránsito.

Una vez lejos de Butyrka, comenzó «la década de vacaciones por los campos estalinistas», como la definiría irónicamente cuarenta y cinco años más tarde Nikolái, convertido ya en el venerable y carismático patriarca del fútbol soviético: Ujtá, Jabárovsk, Komsomolsk del Amur, Uljanovsk (Simbirsk), Akmolinsk (Astana), Alma-Ata: estas fueron todas sus etapas. No todos los hermanos tuvieron tanta mala suerte. Andréi, por ejemplo, permaneció durante toda su condena en el gulag de Norilsk, en el Yenisei, más allá del paralelo 70. Allí encontró a Pável Tinkston, su cuñado, amigo y compañero de equipo desde los tiempos de la Gorjucka, el terreno abandonado del barrio de la Presnya donde

ambos comenzaron juntos su carrera deportiva.

Privado de su núcleo histórico, de su alma, el Spartak no brilló en el campeonato de 1943, que, por evidentes razones históricas, se limitó a los equipos de Moscú. Sin embargo, vivió un momento de atención mediática, tanto en Rusia como en el extranjero, cuando el 2 de mayo disputó un amistoso en Stalingrado contra el Dinamo, equipo local. La batalla más grande y sangüinaria había concluido solo tres meses antes (el 31 de enero), la ciudad era un cúmulo de ruinas, pero en vista de un evento deportivo de gran valor simbólico se arregló el terreno de juego y se construyó en tiempo récord una tribuna para tres mil personas que, por lo demás, fue insuficiente para albergar a los diez mil espectadores que acudieron al estadio Azot. Los organizadores idearon una presentación del partido espectacular: los jugadores moscovitas llegaron a la ciudad heroica a bordo de un avión especial escoltado por dos cazas, y el balón fue lanzado desde el cielo por uno de los cazas. Sin embargo, surgió un pequeño contratiempo no del todo impredecible: el esférico, al ser lanzado desde tan alto, botó más allá de la tribuna y desapareció, por lo que tuvieron que usar un segundo balón, conducido al centro del campo a la manera tradicional. Los locales se impusieron 1-0, pero ese día, como se suele decir, el resultado fue lo de menos.

X.

El gulag

Más allá de su evidente función represiva, el sistema de los gulags representaba también, y sobre todo, una inagotable mano de obra a coste cero. La exigencia de compensar las ingentes pérdidas humanas y, al mismo tiempo, mantener el ritmo irrefrenable de extracción de materias primas y de construcción de colosales obras públicas (carreteras, fábricas, ferrovías, presas...) hacía imprescindible una clasificación de la población de los campos que respondiera a las capacidades profesionales de los presos. Así se explicaban los traslados de los detenidos de una punta a otra del país, con meses, incluso años, perdidos entre larguísimos viajes y reclusiones en prisiones de tránsito.

En las ciudades, que crecían tan rápido como los grandes gulags, la función de los trabajos forzados era determinante en cada sector, incluyendo las actividades destinadas al tiempo libre; los nuevos teatros, por ejemplo, contaban sobre todo con artistas procedentes de la población carcelaria.

El mismo fenómeno se daba en el mundo del deporte y, en particular, en el fútbol, sin duda la forma de entretenimiento más difundida. El campeonato de fútbol, practicado en condiciones climáticas realmente desfavorables, contaba también con equipos formados en los mismos gulags, y para el comandante representaba un motivo de orgullo contar con buenos jugadores. Se comprende por ello que, en la colosal bolsa de trabajo de los campos de concentración, la profesión de futbolista o entrenador profesional fuera muy solicitada. De ello se favorecieron los celebérrimos Stárostin.

De ese modo, cuando Nikolái llegó a Ujtá,¹ se dio cuenta de la gran expectación que había creado. Desde la estación fue conducido directamente al estadio,

donde conoció a los jugadores, entre los que figuraban tanto detenidos como ciudadanos libres. Al día siguiente, ya aseado, afeitado y con ropa decente, fue conducido al despacho del comandante del gulag, el general Burdakov, que esperaba ansioso la llegada de un preso tan especial. Este lo recibió de forma amistosa, le expuso después algunos de los privilegios de los que gozaría (posibilidad de alojarse en el estadio, salvoconductos...) y a continuación lo nombró entrenador del Dinamo local.

Del año que pasó en Ujtá, Nikolái recordó en sus memorias sobre todo la alegría casi infantil del general Burdakov con ocasión de la histórica victoria ante el Dinamo Syktyvkar por 16-0 y una discusión con el mismo Burdakov y su colega Barabanov, comandante del gulag de Inta,² durante la cual cada uno exaltó las cualidades de «su Stárostin»; Aleksandr era, en efecto, el entrenador del Dinamo de Inta.³

De forma totalmente inesperada llegó a Ujtá la orden de transferir a Nikolái Stárostin a Jabárovsk, en la zona más oriental de la Unión Soviética. El general Burdakov se sobresaltó; temía que hubieran llegado a Moscú voces del trato de favor que le reservaba al prestigioso entrenador, violando así el reglamento sobre las condiciones de detención destinadas a los condenados por delitos políticos. Y, sin embargo, intentó in extremis mantener a Nikolái en su campo: respondió a la dirección central de los gulags que el estado de salud de Nikolái Stárostin no le permitiría realizar un viaje tan largo, y para esconderlo de ojos indiscretos lo envió a la taiga con una cuadrilla de deforestación. Era el invierno de 1944-1945, y Nikolái conoció unas condiciones de vida y de trabajo durísimas: sobrevivir a ellas le pareció un auténtico milagro.

De vuelta en Ujtá, gracias al interés mostrado por un médico aficionado al fútbol, comenzó a trabajar como enfermero en el hospital (definición eufemística) del gulag, y allí fue testigo directo de una realidad cuyo recuerdo no le abandonaría durante toda su vida: «Todos los días en Ujtá morían no menos de cuarenta personas. Los cadáveres eran transportados a la cámara mortuoria. Quiso el diablo que me tocara trabajar allí. Vi montañas de cuerpos desnudos,

cubiertos por centenares de ratones que los devoraban...».4

Pese a las estratagemas de Burdakov, Nikolái Stárostin tuvo que partir hacia Jabárovsk, adonde llegó el 8 de mayo de 1945, tras un trayecto interminable y extenuante desde el norte hasta el Lejano Oriente a través de toda Siberia, con paradas en Kotlas, Vólogda, Kírov (Vyatka), Molotov (Perm), Sverdlovsk (Ekaterimburgo), Omsk, Novosibirsk, Krasnoyarsk, Irkutsk y Chitá. Por lo demás, un viaje de estas características, de una duración de seis meses, era frecuente para muchos presos. Las condiciones de transporte, en vagones abarrotados, eran inhumanas, pero en realidad los prisioneros pasaban la mayor parte del tiempo en cárceles de tránsito, donde los detenidos comunes podían despojar a los «políticos» de toda posesión, que luego entregaban a los guardias para que las vendieran en la ciudad. Sin embargo, la ferocidad de los criminales comunes, que podía llegar hasta el homicidio, no tocó nunca a los hermanos Stárostin; tanto Nikolái como Andréi atribuyen ese respeto a la gran popularidad del fútbol en general y del Spartak en particular por toda la Unión Soviética.

En la prisión de tránsito de la ciudad de Molotov (Perm), como ya se ha mencionado, Nikolái tuvo la suerte de encontrarse con su hermano Aleksandr y de pasar aproximadamente un mes con él en la misma celda. Ambos volverían a verse, junto con Andréi y Piotr, en Moscú en 1954.

En su primer día en Jabárovsk (el 9 de mayo de 1945), que coincidió con la victoria soviética sobre la Alemania nazi, Nikolái se encontró con la misma pasión por el fútbol que había dejado atrás en Ujtá, pero con un comandante más prudente que Burdakov. El general Goglidze, señor de todos los gulags del Lejano Oriente y gran seguidor del Dinamo Jabárovsk, también había tratado de hacerse con los servicios del mayor experto de los hermanos Stárostin para su «reino», pero por prudencia no lo mantuvo en su corte y lo envió inmediatamente a una sede descentralizada ubicada en Komsomolsk del Amur.

Nikolái llegó a su destino final casi como un ciudadano libre, en un tren normal,

acompañado solo por un capitán del gulag del Amur. En Komsomolsk encontró una prodigiosa abundancia de víveres, que llegaban de los Estados Unidos a través del Pacífico, y en calidad, de nuevo, de entrenador del Dinamo local, que bajo su control vivió un periodo de éxitos sin precedentes.

La vanidad y las ambiciones de los altos dirigentes de los gulags del Lejano Oriente garantizaron a Nikolái Stárostin unas condiciones de vida y de trabajo extraordinariamente favorables, teniendo en cuenta su condición de preso político. El mismo trato de favor, a decir verdad, se les reservaba a los detenidos que jugaban en los Dinamo Jabárovsk y Komsomolsk del Amur.⁵ La plantilla de este último contaba, además de con la protección del general Petrenko, comandante del gulag del Amur, con el mecenazgo del director de la red ferroviaria que habría alcanzado en poco tiempo el océano Pacífico. Este hizo construir un vagón especial para el equipo, con dos compartimentos —cada uno con una cama doble— para los dirigentes y otro espacio para los jugadores, un salón, una cocina con nevera, un comedor y dos baños. A bordo de un vagón tan cómodo el Dinamo Komsomolsk se desplazaba para disputar los partidos en calidad de equipo visitante del campeonato del Lejano Oriente.

Por voluntad expresa del general Goglidze, Nikolái visitaba con regularidad Jabárovsk para ayudar al entrenador del Dinamo local; sobre cuál fuera el parecer de este último ante estas visitas nada halagadoras las fuentes no se pronuncian.

Dado que los frecuentes desplazamientos de Nikolái Stárostin de una ciudad a otra iban contra las normas de gestión de los detenidos en los campos de trabajo, siempre viajaba en compañía de un funcionario del gulag, a quien, según la versión oficial, asistía en calidad de ordenanza. Por lo demás, no fue este el mayor de los privilegios concedidos al técnico durante los cinco años que pasó en Komsomolsk del Amur; baste con pensar en que no vivía en el interior del campo, sino, junto con otros tres reclusos futbolistas, en una caseta cercana al garaje de la administración, y que durante las vacaciones de verano su mujer y sus hijas pudieron ir a visitarlo.

Este trato, inimaginable para cualquier detenido en un campo de trabajo, era consecuencia de la benevolencia y el interés del general Goglidze, cuya única preocupación era no levantar sospechas en Moscú, o más concretamente impedir que nada llegara a oídos de Beria, de quien, por otro lado, era amigo.

XI.

Vasili Stalin

Una noche de 1948 Nikolái Stárostin dormía, como siempre, en su pequeña habitación junto al garaje de la administración del gulag, cuando de repente un capitán surgido de la nada le despertó:

—¡Vístase! ¡Stalin quiere hablar con usted por teléfono!

Nikolái creyó estar alucinando, pero cuando fue conducido a toda velocidad a un coche oficial se dio cuenta de que en realidad, y no en su imaginación, algo importante estaba sucediendo. Media hora más tarde se encontraba en el despacho del secretario del Partido Comunista de Komsomolsk, frente al aparato telefónico gubernamental. Junto a él, el general Petrenko, en posición de firmes, lo observaba con suma preocupación.

Nikolái acercó el auricular a su oído y reconoció la voz de Vasili Stalin,¹ hijo del dictador.

Por más que pudiera parecer extraño, tanta confusión tenía una explicación lógica. Hacia el final de la década de los treinta, en Moscú, en la escuela de equitación del Spartak, en el mismo grupo del que formaba parte la hija de Nikolái, Yevguéniya, se entrenaba también un muchacho algo esmirriado, de aspecto poco vistoso, cuyo apellido era Volkov. Como máximo dirigente del Spartak, Nikolái Stárostin estaba al corriente de que en realidad se trataba de Vasili Stalin.

Y así fue como, muchos años después, el pseudo Volkov, convertido ahora en comandante de la aeronáutica militar del distrito de Moscú, se dirigió a su antiguo conocido. La llamada respondía al deseo de Vasili Stalin —como de tantos otros hombres poderosos en la Unión Soviética— de ver triunfar a su equipo «personal» de fútbol, en este caso el VVS (Voyenno-vozdushnye sily, Fuerzas Aéreas Militares). Por ese motivo estaba buscando a los mejores jugadores y al mejor entrenador posibles; muchos en Moscú le habían mencionado el nombre de Nikolái Stárostin.

Durante la breve conversación telefónica, el hijo de Stalin le comunicó que estaba al corriente de que su condena había sido injusta y lo animó a no desesperar: estaba intentando conseguir su liberación.

Nikolái respondió con un tono de voz firme y nada desesperado, mientras le temblaban las piernas ante la posibilidad, para nada absurda, de que esta breve conversación le costara otros diez años de condena. Le quedaban solo cuatro por cumplir, aunque una vez más su fama personal y la del Spartak intervendrían a su favor.

El director de una de las muchas fábricas de Komsomolsk del Amur, también moscovita del barrio Krasnaya Presnya y gran admirador de la dinastía Stárostin, contrató a Nikolái en calidad de obrero. El reglamento carcelario prohibía expresamente a los detenidos por crímenes políticos, considerados potenciales saboteadores, el trabajo en fábricas externas a los campos, pero la llamada telefónica de Stalin (aunque se tratara solo del hijo) había trastornado a las autoridades del gulag hasta el punto de inducirles a aceptar esta rara excepción. El aspecto más importante de esta concesión era que, por ley, cada año de trabajo en fábricas ajenas al gulag contaba como dos para los detenidos, siempre que la producción industrial alcanzara las cifras acordadas.

En dos años de trabajo muy intenso, de jornadas invariablemente transcurridas entre la fábrica y el campo de entrenamiento, con desplazamientos medidos al minuto, Nikolái se ganó la liberación anticipada, que fue ratificada por una sentencia del Tribunal del Pueblo de Komsomolsk del Amur.

Era 1950. El padre del Spartak de Moscú tenía en su poder un pasaporte y una lista de dieciséis ciudades en las que se le prohibía residir; la primera de ellas era, por supuesto, Moscú, donde había nacido y vivido hasta que fue detenido. ¿Dónde establecerse? ¿Qué trabajo buscar? El general Goglidze le había propuesto que se quedara en Jabárovsk como entrenador del Dinamo local. Pero Nikolái no quería imponer a su mujer e hijas un traslado definitivo al Lejano Oriente.

Fue en ese momento cuando recibió otra llamada de Vasili Stalin:

—Nikolái Petróvich, mañana envío un avión a recogerlo. Olvídense de Jabárovsk. Le esperamos en Moscú.

—Pero... ¿Moscú? He firmado un compromiso y no...

—No se preocupe, yo me encargo de eso. Hasta pronto.²

Pese a que la voz de Vasili Stalin sonaba absolutamente sobria, a Nikolái todo le pareció absurdo e inexplicable. A la mañana siguiente el avión personal del comandante de la aviación militar del distrito de Moscú aterrizó en el aeropuerto militar de Komsomolsk del Amur. Durante el largo viaje Nikolái dejó de lado el miedo a las consecuencias de no respetar la prohibición, de tan contento que estaba por volver a su ciudad ocho años después.

Desde el aeropuerto fue directamente conducido a casa del joven Stalin, un edificio asomado al bulevar Gogolevsky, donde, evidentemente, lo estaban esperando. En un gran salón situado en la planta baja, había sido colocada, entre algunos billares, una larga mesa sobre la que había garrafas de vodka y rodajas de sandía. En la cabecera de la mesa estaba sentado Vasili, con uniforme de general, y alrededor iban y venían oficiales y futbolistas, algunos de los cuales eran viejos conocidos de Nikolái. Cuando el dueño de la casa se levantó para saludar al huésped, se hizo el silencio en la sala:

—¡Bienvenido, Nikolái Petróvich!

—Gracias.

—Brindemos por nuestro reencuentro.

—Vasili Iósifovich, yo no bebo.

—¿Cómo que no bebes? Propongo un brindis por «nuestro reencuentro». Debe beber conmigo.³

Por las miradas de los presentes y por un ligero empujón que alguien le dio en la espalda, Stárostin comprendió que convenía hacer una excepción y bebió.

Tras las gentilezas iniciales, el joven Stalin pasó rápidamente a cuestiones prácticas. Pidió a Nikolái que entregara el pasaporte a su ayudante, quien lo

tomó y desapareció de inmediato; después, mientras hincaba el diente a una rodaja de sandía, nombró a Nikolái nuevo entrenador del VVS y degradó al georgiano Dzerdzelava, hasta ese momento entrenador en cargo, presente en la reunión y más bien consternado, a ayudante de Stárostin. Incomodado por la situación, Nikolái dijo haber estado alejado del mundo del fútbol durante casi un decenio y que necesitaba, quizá, una vuelta más gradual. Vasili replicó que en su familia no era habitual volver sobre decisiones ya tomadas, y con ello el discurso quedó visto para sentencia.

Mientras tanto había reaparecido el ayudante, que devolvió el pasaporte a su legítimo propietario. No sin emoción, Nikolái leyó en su permiso de residencia la vieja dirección de su domicilio: calle Spiridonevskaja, 15, interior 3.

Cuando entró en su apartamento, descubrió que para uso de su familia había quedado solo una pequeña habitación de ocho metros cuadrados, donde su mujer y sus hijas lo recibieron con lágrimas de alegría. La constatación de la inesperada y significativa reducción de la superficie habitacional no le impidió considerar ese momento como uno de los más felices de su vida.

A la mañana siguiente fue conducido al cuartel general de la aviación del distrito de Moscú, donde pudo observar cómo el poder del comandante Vasili Stalin se acercaba a la divinización; su nombre, pronunciado con gran respeto, no desaparecía jamás de los labios de la multitud de hombres uniformados que se desperdigaba por los diferentes despachos. A Nikolái, que nunca se había sentido a gusto en ambientes militares, esta escena le pareció decadente, como una siniestra representación teatral, pero lo importante, pensó, era haber podido volver a Moscú y seguir trabajando en el mundo del fútbol.

Sin embargo, todavía habría importantes complicaciones. Pocos días después recibió en casa la visita de dos coroneles del NKVD. A juzgar por el rango de los «huéspedes», Nikolái intuyó que el asunto era extremadamente serio. El contenido de las pocas frases que se intercambiaron confirmó el funesto

presagio:

—Ciudadano Stárostin, su permiso de residencia en Moscú ha sido anulado. Usted sabe perfectamente que es ilegal. Tiene veinticuatro horas para abandonar la capital. Comuníquenos inmediatamente a qué otro lugar piensa trasladarse.

—¿Por qué debo decidir mi destino ahora mismo?

—Porque enviaremos hoy mismo su pasaporte al lugar que nos indique.⁴

Después de pensárselo unos instantes, Nikolái indicó como su nuevo lugar de residencia Maykop, por la única razón de que un jugador del Dinamo Komsomolsk, originario de esa ciudad del sur de Rusia, le había hablado muy bien de ella y le había invitado a que se estableciera allí una vez expiada la condena.

Sin ningún documento de identidad, en una ciudad en la que no debería encontrarse y con un solo día para organizar un traslado que tenía toda la pinta de ser definitivo, Nikolái pensó que, antes de nada, era su deber acercarse al cuartel general de la aeronáutica para referir lo sucedido al comandante.

Ante esta noticia, Vasili respondió enfurecido:

—¿Cómo se han atrevido a dar órdenes a un subordinado mío sin mi consentimiento? ¡Usted se queda en Moscú!

—Vasili Iósifovich, he firmado un compromiso que me obliga a abandonar la ciudad en las próximas veinticuatro horas. Es la segunda vez; la primera firmé en Komsomolsk y prometí no volver a Moscú. Me van a detener...

—Vivirá conmigo, en mi casa. Aquí nadie se atreverá a tocarle.⁵

Así, Nikolái se trasladó a la residencia del bulevar Gogolevsky, y no tardó mucho en percibir la tragicómica paradoja de su condición. El vástago del tirano y su entrenador predilecto estaban obligados a una convivencia ininterrumpida: iban juntos al Estado Mayor, al campo de entrenamiento, a la dacha. Hasta dormían juntos, en una cama muy grande.

Al no encontrar otra vía de escape, Nikolái, exasperado, decidió actuar. Una noche, mientras Vasili, borracho, dormía profundamente, saltó por la ventana, atravesó el jardín y, superada la tapia de la residencia, se encontró en el desértico bulevar Gogolevsky; caminando con precaución para no ser visto, se dirigió a su propia casa, que no quedaba lejos. Reconfortado por haber sido capaz de sortear la vigilancia de los hombres de Beria, se concedió la gran satisfacción de dormir contento en su propia cama: «Esto sí que es un gran acontecimiento, pensé»,⁶ recuerda en sus escritos cuarenta años más tarde.

A las seis en punto llamaron a la puerta. Eran los dos coroneles de la otra vez, que entraron en la casa sin demasiadas ceremonias:

—Vístase. Hemos venido a por usted. ¿Por qué no ha abandonado la ciudad? Se había comprometido...

—No me he ido de Moscú porque no me lo ha permitido el comandante...

—Tenemos orden de hacerle partir inmediatamente hacia Maykop.⁷

Por enésima vez, Nikolái preparó su maleta, con un impermeable y alguna camisa; después, escoltado por los coroneles, se dirigió a la estación de Kursky, donde recibió un billete de tren y unas órdenes escuetas:

—Prosiga hasta Krasnodar. Allí, preséntese al Comando Ciudadano del NKVD, donde recibirá su pasaporte.⁸

En una parada en Oriol, mientras no alcanzaba a acertar cuál de los tres compañeros de su compartimento de tren era un agente de paisano encargado de vigilarlo, Nikolái vio en el pasillo del vagón al jefe de contraespionaje de Vasili Stalin. Desconcertado, se le acercó, pero este no le dio siquiera el tiempo de pronunciar una sola palabra:

—Nikolái Petróvich, hemos venido en avión. Vasili Iósifovich ha ordenado que lo llevemos de vuelta a Moscú de inmediato.

—Pero no puedo volver a Moscú.

—Nikolái Petróvich, lo está esperando. No puede imaginarse lo enfurecido que está.⁹

El tren se ponía lentamente en marcha; hacía falta decidir en ese instante. Nikolái intentó objetar que tenía todo su equipaje en el compartimento, y que

además era probable que estuviera siendo vigilado. Pero el hombre de Vasili no atendía a razones:

—Al diablo con las maletas y el espía. Vámonos al aeropuerto.¹⁰

Salieron del tren y atravesaron a toda velocidad la plaza de la estación, donde esperaba un todoterreno que los condujo rápidamente al aeropuerto militar.

El vuelo fue muy movido a causa del mal tiempo y de frecuentes bolsas de aire, por lo que Nikolái atravesó el umbral de la puerta de la residencia de Vasili todavía pálido y mareado, con un irrefrenable deseo de lavarse y descansar.

Pero Vasili, exaltado por la llegada de Nikolái, lo arrastró inmediatamente al estadio Dinamo, donde justo en ese momento se disputaba el partido Dinamo-VVS. El joven Stalin exhibió orgulloso a su pupilo, recién rescatado de su exilio, en la tribuna de honor, atestada de altos cargos del NKVD. Y cuando ellos, entre el estupor del resto de espectadores y con gestos casi teatrales, abandonaron en bloque la tribuna y se refugiaron en el bufet, el comandante de la aeronáutica militar, siempre seguido por el perplejo Nikolái, los alcanzó y comenzó a provocarlos con frases de burla, hasta que estos volvieron por donde habían venido hasta sus asientos.

Ese incidente hizo que Nikolái fuera todavía más consciente de que se había convertido en motivo de disputa entre dos de los personajes más potentes de la Unión Soviética: el vástago del dictador y el infame Lavrenti Beria.¹¹

Dadas las características psicológicas de ambos rivales, el objeto de disputa corría el riesgo de salir hecho pedazos. También de esto último se daba cuenta

Nicolái. Por ello intentó, en vano, convencer a Vasili para que lo dejara partir hacia Maykop:

—Si luego las cosas se arreglan, siempre puede mandar un avión a recogerme, y al día siguiente estaré en Moscú.

—¡No, por supuesto que no! Parecería una capitulación. En nuestra familia no estamos acostumbrados a ceder ante las adversidades.¹²

A la mañana siguiente Vasili anunció a su protegido que habría viajado ese mismo día en avión a Picunda (Beria acababa de abandonar la ciudad), localidad de Abjasia donde se encontraba su padre. Con él iba a discutir varias cuestiones, incluida la fastidiosa situación del entrenador de su equipo de fútbol. Nicolái esperaba su vuelta, junto con su mujer e hijas, en Pereslavl-Zaleski, cerca de Moscú, en una base de la aeronáutica donde podría descansar y distraerse yendo a pescar, bien protegido de los hombres de Beria. El plan parecía muy atractivo, sobre todo porque la base militar estaba muy cerca de Pogost, pueblo natal de su madre, en el que los hermanos Stárostin habían pasado veranos enteros durante su infancia.

Sin embargo, el diálogo entre Vasili y un ayudante, el capitán Poljanski, encargado de la escolta, le puso los pelos de punta:

—Tome dos vehículos con nuestros agentes; uno precederá y otro seguirá al coche de Nicolái Petróvich y su familia. La protección será útil en caso de que los hombres de Beria intenten detenerlo por el camino.

—¿Qué debo hacer si intentan capturar a Stárostin usando la fuerza?

—Responda al fuego enemigo.¹³

En ese momento Nikolái no pudo hacer otra cosa sino reaccionar:

—Vasili Iósifovich, ¿cómo que responder al fuego? ¿Tendríamos que disparar a los chequistas, y ellos a nosotros? Yo no voy.¹⁴

Al final, bajo petición de Poljanski, se decidió usar dos pequeños aviones para el traslado.

Unos días después, Vasili llamó desde Picunda y comunicó que los médicos no le permitían entrevistarse con su padre, cuyas condiciones de salud eran precarias, y que de un momento a otro se esperaba el regreso de Beria.

Para Nikolái, preocupado también por la seguridad de su hija mayor, que se había quedado en Moscú por motivos de estudio, fue la gota que colmó el vaso. Pidió permiso para llamar a su protector y le habló con franqueza, con un tono decidido:

—Vasili Iósifovich, he tomado una decisión: me voy a Krasnodar. En cuanto llegue le informaré de mi nuevo destino. Es la vía de escape más simple y realista. Ya llevo seis meses suspendido entre el cielo y la tierra. No quiero seguir siendo una carga.¹⁵

Para sorpresa de Nikolái, la respuesta de Vasili fue muy razonable:

—Está bien, pero téngame al corriente de todo, de absolutamente todo.¹⁶

Sin embargo, a Nikolái Stárostin no se le permitió el traslado a Krasnodar ni a Maykop, en ambos casos por orden directa de Moscú. Se dirigió, pues, a un conocido de los tiempos del gulag, el general Gribanov, que del Lejano Oriente había sido trasladado a Uljanovsk (Simbirsk), en el Volga. Gribanov lo aceptó como entrenador del Dinamo local.

Después de un año de tranquilidad, una nueva desgracia cayó sobre los hombros de Stárostin, y Beria estaba detrás de ella: por infracción del régimen de permisos de residencia, fue condenado por vía administrativa (esto es, sin proceso), al exilio de por vida en Alma-Ata, en Kazajistán.

Una vez más, le tocó en suerte un largo viaje en tren en el vagón de los detenidos y, de nuevo y por fortuna, el encargo de entrenador del Dinamo local.

En Alma-Ata, en 1953, Nikolái recibió las noticias de la muerte de Stalin y, todavía más importante, de la detención de Beria. Un mes después de este decisivo acontecimiento, gracias a los esfuerzos de su mujer, fue invitado por alguien cercano al Comité Central del partido para firmar una petición de revisión de su caso. La escribió y la envió ese mismo día.

Poco después fue requerido en Moscú para colaborar con su testimonio en la revisión del proceso judicial de los hermanos Stárostin; para ello acudía a diario a la Lubianka, justo en el mismo lugar en el que había sido interrogado hasta la extenuación durante los dos años de su arresto. De todas las víctimas implicadas en el proceso-farsa, el juez instructor había decidido escuchar solo a Nikolái, quizá porque se trataba del imputado principal. Los otros tres hermanos, a pesar

de estar ya en libertad, permanecían, según el mandato de la ley soviética, en la última localidad de su confinamiento. Nikolái, naturalmente, intentó por todos los medios que regresaran a Moscú, y en un mes su esfuerzo se vio premiado.

Andréi llegó procedente de Norilsk, donde, como se ha mencionado anteriormente, cumplió toda su condena. Allí encontró, además de a su compañero de equipo Pável Tikston, a la mujer y a la hija de Aleksandr Kosarev, secretario general del Komsomol, víctima de las represiones estalinistas.

El destino más duro le tocó a Aleksandr. Al principio fue enviado al gulag de Inta, en el norte de Rusia, donde había concebido la nefasta idea de escribir a la Corte Suprema pidiendo la revisión de su proceso. Durante el mes en que coincidió con su hermano en la prisión de tránsito de Molotov (Perm), Nikolái le desaconsejó dar ese paso, ya que los tiempos no eran propicios, pero Aleksandr lo intentó igualmente. Los hechos dieron la razón a su hermano mayor. Los dirigentes moscovitas del NKVD, como represalia, lo enviaron al gulag de Solikamsk, en los Urales, donde fue destinado a labores de deforestación, el peor de los trabajos forzados. Pese a todo, Aleksandr intentó solicitar la revisión del proceso y se dirigió por carta a Stalin en persona.

Piotr, que era ingeniero químico de formación, estuvo al principio en Nizhni Taguil, en los Urales, donde fue empleado en la construcción de una fábrica metalúrgica. Más tarde, en esa misma localidad, trabajó como ingeniero en una central hidroeléctrica. Después de cuatro años se le concedió un acercamiento a su ciudad natal, puesto que se le confió un puesto directivo para la construcción de una cementera en las inmediaciones de Tula, en Rusia Central, donde permaneció hasta su liberación.

La justicia soviética cerró oficialmente el caso Stárostin el 9 de marzo de 1955 con la anulación de la sentencia de condena emitida contra los cuatro hermanos por el Tribunal Militar de la Corte Suprema de la Unión Soviética el día 20 de octubre de 1943. Pocos días antes habían sido sentenciados a muerte y fusilados

los fiscales de Nikolái, el coronel Esaulov y el capitán Rassygninsky.

XII.

La segunda vida

«¡Todo está perdido salvo el honor!».

Con esta frase, que como capitán del Spartak había pronunciado de vez en cuando para animar al equipo tras la derrota de algún partido importante, Andréi se presentó en la primera reunión familiar de los Stárostin tras su vuelta a Moscú.

Doce años de gulag no habían bastado para doblegar a ninguno de los cuatro hermanos, que, juntos como siempre, sopesaron de qué modo podrían ganarse de nuevo una posición en la sociedad moscovita y recuperar, dentro de lo posible, alguna de las experiencias de su vida anterior, es decir, del mundo del fútbol y, en particular, del Spartak. También en esta fase delicada de su vida fueron capaces de salir adelante.

En poco tiempo Aleksandr fue nombrado vicedirector del almacén central de artículos deportivos del Ministerio de Comercio de la República Rusa; después fue nombrado director, y en ese puesto se mantuvo durante veinticinco años, hasta su jubilación. Pero no se alejó de su ambiente natural y ocupó diferentes cargos en el seno de la Federación Rusa de Fútbol, de la que fue presidente durante un tiempo. Aleksandr se diferenciaba de sus hermanos —sobre todo de Nikolái y Andréi— por su modestia y una innata tendencia a mantenerse en la sombra. Ni siquiera en los momentos más complicados de sus años como presidente hubo nadie que lo viera perder la calma o levantar la voz; se apoyaba solo en su ejemplaridad y en su capacidad para hacerse respetar, como había hecho en sus años de capitán del Spartak y de la selección de fútbol soviética.

De los cuatro hermanos, el único que no ocupó cargos oficiales en el ámbito deportivo fue Piotr, que comenzó una carrera profesional coherente con su formación de ingeniero, hasta convertirse en jefe de la oficina técnica del Ministerio de Industria Petrolífera. No obstante, desde su regreso a Moscú (1954) no faltó durante veinte años a un solo partido que el Spartak jugó en casa, y mantuvo relaciones de amistad con algunas de las estrellas del equipo de los años cincuenta. Su infalible memoria y su mente científica lo convirtieron, además, en una preciosa fuente de información y datos estadísticos ligados a la historia del fútbol soviético.

Diferente fue la trayectoria de Andréi, el más ecléctico, brillante y mundano de la familia. Volvió al mundo laboral como dirigente del Spartak, pero paralelamente se dedicó al periodismo deportivo; escribía con regularidad en periódicos y revistas, retransmitía partidos por la radio —algunas de sus frases como comentarista perviven todavía— y escribió hasta cuatro libros de memorias, ineludibles para cualquier interesado en la historia del fútbol en Rusia desde el inicio del siglo xx hasta mediados de los años ochenta. Su naturalidad en materia de relaciones públicas, unida a sus cualidades profesionales y éticas, atrajo la atención de las autoridades deportivas, que propusieron a Andréi un cargo directivo en la Federación Soviética de Fútbol, justo en el periodo (la segunda mitad de los años cincuenta) en el que el deporte soviético se liberaba por fin del aislamiento en el que siempre había vivido. Pese a temer que pudiera suponer el origen de una gris carrera burocrática, Andréi aceptó y se convirtió primero en secretario responsable y acto seguido en presidente de la federación. Gracias a ello, estuvo siempre involucrado en los acontecimientos principales del fútbol tanto nacional como internacional.

Mención aparte merece Nikolái, cuya biografía coincide con la historia (y «prehistoria», para ser exactos) del Spartak, desde principios de los años veinte hasta mediados de los noventa del siglo xx, con el doloroso intervalo de doce años de detención, que, por otro lado, se correspondió con el periodo de decadencia del club.

Curiosamente, a medida que se acercaba su liberación y como si la unión de los hermanos Stárostin con su equipo tuviera algo de sobrenatural, el rendimiento deportivo del Spartak mejoró gradualmente. Así, a mediados de los años cincuenta, una nueva generación de jugadores defendió los intereses de los rojiblancos, entre los que destacaron Igor Netto,¹ Nikita Simonian² y el ya citado Sergéi Salnikov. Fue sorprendente la absoluta disponibilidad de las nuevas estrellas del equipo al regreso de los viejos líderes tras su paso por el gulag.

En 1955 Nikolái se reintegró en la sociedad del Spartak en calidad de responsable del equipo de fútbol, cargo que mantuvo, con dos breves interrupciones,³ durante más de cuarenta años. Y no se trató de un puesto honorífico en absoluto: en la sucesión de entrenadores y de diferentes generaciones de futbolistas, él se mantuvo no tanto como símbolo de los valores tradicionales del club, sino como su figura central. En los años setenta y ochenta seguía tomando decisiones importantes en el seno del club, como había hecho tantos años atrás, y, como entonces, apenas cometía errores.

No se equivocó tampoco en 1977, cuando escuchó el extravagante consejo de su hermano Andréi y le ofreció el cargo de entrenador a Konstantin Beskov, cuya carrera deportiva había estado ligada casi exclusivamente al Dinamo. Juntos, los dos «enemigos históricos», pese a mantener una relación más bien fría, construyeron un equipo que durante toda una década fue admirado tanto por su buen juego como por sus títulos.

Acertó una vez más al final de la temporada de 1988, cuando, con 86 años, decidió despedir a Beskov (convertido tras tanto tiempo en un intocable para los seguidores del Spartak) y sustituirlo por el joven e inexperto Oleg Romancev, excapitán del equipo. El Spartak inició una época todavía más exitosa que le aseguró un ciclo de casi completa hegemonía en la liga rusa, principal campeonato tras la desintegración de la Unión Soviética.

Quien escribe tuvo el placer de conocer a Nikolái Stárostin en Nápoles en 1990, con ocasión del partido de Copa de Europa entre el equipo de Maradona y el Spartak. Su aspecto era exactamente el que podría esperarse de un viejo héroe del deporte: alto, delgado, elegante y ágil pese a sus ochenta y ocho años. Habría sido un acierto preguntarle sobre el famoso encuentro disputado en la Plaza Roja, pero él prefería hablar de sus próximos adversarios (el Spartak conseguiría eliminar al Nápoles) o, mejor todavía, de posibles contratos de publicidad con marcas occidentales...

Nikolái Stárostin murió en Moscú el 17 de febrero de 1996. Uno de sus biógrafos escribe que cuando el final estaba ya muy cerca, en sus momentos de lucidez preguntaba siempre por la fecha. Quizá su espíritu combativo, ese mismo que lo impulsara en los tiempos de las peleas callejeras de Presnya, le animaba a resistir hasta cruzar la meta de los noventa y cuatro años. Le faltaron solo diez días para conseguirlo.⁴

Notas

Notas

I. Presnya

1. Alrededor de la Casa Blanca se organizó la resistencia popular durante el fallido golpe de Estado de agosto de 1991. Tras el asalto a la Casa Blanca, que provocaron la muerte de ciento cincuenta personas (todas pertenecientes a las tropas de los asediados), el 4 de octubre de 1993 Borís Yeltsin puso fin al conflicto institucional que lo había enfrentado con el Parlamento presidido por Ruslan Jasbulatov.

2. Estos enfrentamientos en masa, conocidos en jerga como *stenka na stenku* (muro contra muro), eran un fenómeno más bien común en el Moscú anterior a 1917. Desaparecieron después de la Revolución.

II. El football llega a Rusia

1. Las nueve sociedades en cuestión eran: Britanskiy Klub Sporta, Sokol'niceski Klub Sporta, Union, Kruzok Futbolistov Sokol'niki, Zamovskvoreckij Klub Sporta, Vega, Mamontovka, Novogireevo, Oréjovo-Zúyevo. En San Petersburgo la liga de fútbol había sido fundada ya en 1901. Siguiendo el modelo de las dos metrópolis, en época zarista se organizaron ligas de fútbol en Odessa, Járkov, Kiev y en el Donbass. Nacieron además equipos de fútbol en Vladivostok, Kazán, Omsk, Krasnoyarsk, Saratov, Bakú, Tiflis y en otras ciudades.

2. En realidad, el fracaso fue de todo menos inesperado: al presentar el torneo

olímpico de fútbol, la revista *Russkij sport* se había mostrado ya muy pesimista sobre las posibilidades de la escuadra rusa y había dado como favoritas a Inglaterra y Dinamarca, que en efecto acabaron en primer y segundo lugar respectivamente. Por otro lado, pocos meses antes de las Olimpiadas, un equipo finlandés de gira por Rusia había conseguido victorias asimismo aplastantes, como el 8-1 infligido al *Zamoskvoreckij Klub Sporta*, una de las más potentes formaciones moscovitas. Después de la decepción olímpica, la Unión Futbolística Panrusa tomó, como medida dirigida a mejorar la calidad del juego, la decisión de instituir un campeonato nacional formado por selecciones de cada ciudad participante. En la primera edición, disputada en 1912, se impuso San Petersburgo; en la segunda, Odessa.

3. N. Stárostin, *Futbol skvoz' gody*, Moscú, 1989, p. 17.

4. An. Stárostin, *Bol'soj futbol*, Moscú, 1964, p. 22.

III. Prehistoria del Spartak

1. N. Stárostin, *Futbol skvoz' gody*, Moscú, 1989, p. 16.

2. La nueva denominación, *Krasnaja Presnya*, se remonta a 1918 y rinde homenaje al hecho de que el barrio, con sus obreros, fue el centro de los movimientos revolucionarios de la ciudad de Moscú en 1905.

3. Se trataba de una de las más antiguas e importantes fábricas textiles de todo el país, nacida en 1799 y llamada *Manufactura Prochorov*, nombre de uno de sus fundadores. En 1918 fue nacionalizada y su nombre cambió a *Manufactura Trëchgornaja*.

4. Komsomol: acrónimo de Kommunisticheski Soyuz Molodiozhi (Unión Comunista de la Juventud).

5. VV. AA., Futbol'nyj klub Spartak Moskva. Oficial'naja istorija 1922-2002, Moscú, 2002, p. 11.

6. En realidad, el comité del partido comunista de la fábrica Trëchgornaja se quejó de lo insustancial del primer espectáculo. Para la siguiente edición Artemev contrató a algunos artistas del Teatro Bolshói para una representación que al final tuvo lugar en la sala de otra fábrica llamada Mamontov, que manufacturaba pinturas y que fue nacionalizada después de la Revolución.

7. GPU. Acrónimo de Gosudárstvennoye Politícheskoye Upravlénie (Dirección Política del Estado). Así se llamaba, en esos años, a la policía política.

8. N. Stárostin, op. cit., p. 24.

IV. Una larga transición

1. Feliks Dzerzhinski (1877-1926). Desde 1917 fue presidente de la policía política denominada Checa (Vserossíiskaya chrezvicháinaya komíssiya po borbié s kontrevoliútsiyey i sabotázhem, Comisión Extraordinaria Panrusa para la lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje), desde 1922 llamada GPU; también fue comisario del Pueblo para Asuntos Internos de 1919 a 1923. Fue uno de los principales organizadores del «terror rojo», campaña de represiones en masa contra los contrarrevolucionarios y los enemigos de clase.

2. La decisión de acabar con los viejos clubes deportivos prerrevolucionarios fue tomada por las autoridades soviéticas ya en otoño de 1922, pero la Liga de Fútbol Moscovita (también destinada a desaparecer) consiguió obtener una prórroga de pocos meses antes de la ejecución de la medida para evitar problemas de organización, sobre todo respecto a la gestión de sus instalaciones.

3. NEP. Acrónimo de Nóvaya Ekonomícheskaya Polítika (Nueva Política Económica). Denominación de la medida impuesta por Lenin en 1921 para estimular la economía soviética, extenuada tras los años de Revolución y guerra civil. El Estado siguió controlando el desarrollo económico, pero consintió tanto la pequeña propiedad campesina como pequeñas actividades industriales y comerciales privadas. El NEP, cuyos resultados fueron positivos, fue finalmente clausurado por Stalin en 1928, cuando presentó el Primer Plan Quinquenal.

4. M. P. Tolski (pseudónimo de M. P. Efrenov, 1880-1937). Dirigente del Partido Comunista de los Sindicatos Soviéticos. Se suicidó justo después de que, durante el proceso contra G. Zinoviev y L. Kamenev, los imputados pusieran su nombre en tela de juicio.

5. N. Stárostin, Futbol skvoz' gody, Moscú, 1989, p. 25.

6. A. Enukidze (1877-1937). Revolucionario georgiano, miembro del Partido Comunista desde el minuto uno, amigo personal de Stalin. Participó activamente en las revoluciones de febrero y de octubre de 1917 y fue una de las personalidades más famosas e influyentes de la Unión Soviética, sobre todo en su rol de secretario del Comité Ejecutivo Central, que desempeñó a partir de 1924. En 1935 fue expulsado del partido acusado de «corrupción política y moral». Desapareció durante las represiones de 1937.

7. G. Yagoda (1891-1938). Miembro del Partido Comunista desde 1907. Participó activamente en las revoluciones de 1905 y 1917 y en la guerra civil. A partir de 1924 fue vicepresidente del OGPU, y desde 1934 hasta 1936 comisario del Pueblo para Asuntos Internos. Fue uno de los principales organizadores de las represiones en masa. Murió fusilado.

8. L. Kámenev (pseudónimo de L. Rosenfeld, 1883-1936). Uno de los más cercanos colaboradores de Lenin, representante plenipotenciario en las negociaciones de paz de Brest-Litovsk (1918), miembro de la oficina política del Partido Comunista desde 1919. En 1925 se alió con Stalin y Zinóviev contra Trotski. A continuación, cayó en desgracia por haber intentado oponerse al poder absoluto de Stalin. Fue expulsado del partido en 1934 y, seguidamente, procesado y ajusticiado (1936).

9. Para la liga de primavera de ese año las autoridades idearon un sistema de competición «innovador»: se disputaron torneos de barrio, al término de los cuales los primeros clasificados se enfrentaron por el título de campeón de Moscú.

10. No queda huella de la actividad futbolística oficial del Promkooperaciya durante los años 1932 y 1933. Otra circunstancia curiosa se dio en ese periodo: en los años veinte y treinta era habitual que los jugadores de fútbol se transformaran durante el invierno en jugadores de hockey sobre hielo y defendieran los colores del mismo club —las sociedades deportivas eran siempre multidisciplinarias—; en las temporadas de 1932 y 1933 los jugadores que cambiaron la camiseta del Promkooperaciya por la del Dukat se mantuvieron fieles, sin embargo, a los colores de su club de procedencia en el resto de disciplinas.

11. Trud. Periódico perteneciente al órgano oficial del Comité Central Pansoviético de los Sindicatos. Publicado en Moscú desde el 19 de febrero de 1921, durante la era soviética fue el periódico de mayor tirada del país.

12. N. Stárostin, op. cit., p. 26

13. En una entrevista concedida en 1990 al académico estadounidense Robert Edelman, Nikolái Stárostin afirmó que, después de la fundación del Spartak, el Promkooperaciya destinaba al deporte el 15% de sus beneficios.

V. Espartaco

1. An. Stárostin, Bol'soj futbol, Moscú, 1964, p. 166. La novela histórica Espartaco (1878), del garibaldino Raffaello Giovagnoli (1838-1915) tuvo un enorme éxito en la Unión Soviética, mientras que en Italia es prácticamente desconocida, así como el nombre de su autor. Este desequilibrio lo explica en gran medida una precisa lógica didáctico-política.

2. N. Stárostin, Futbol skvoz' gody, Moscú, 1989, pp. 26-27.

3. Esta denominación no era totalmente nueva en Rusia: en 1922 se había fundado una sociedad deportiva Spartak en Leningrado y existía también un Spartak en Nizni Novgorod. Además, eran conocidos como Spartakiadas unos juegos que reproducían el modelo olímpico, solo que reservados a los representantes de clubes deportivos de trabajadores. Las primeras Spartakiadas se disputaron a principios de los años veinte en Rusia, Alemania y Checoslovaquia. En Rusia se celebraron por primera vez en San Petersburgo en 1923. Las primeras Spartakiadas pansoviéticas se disputaron en Moscú en 1928.

4. Al respecto, véase R. Edelman, «A Small Way Saying “No”: Moscow Working men, Spartak Soccer, and the Communist Party, 1900-1945», en *American Historical Review*, dic. 2002, pp. 1441-1474.

5. Además de Moscú, en ese torneo también participaban las selecciones de Leningrado, Járkov, Kiev, Bakú y Tiflis.

6. An. Stárostin, op. cit., p. 151.

7. El brazalete de capitán de la Unión Soviética pasó del brazo de Nikolái al de su hermano Aleksandr y, tras la retirada de este último (1937), al de Andréi, el tercer Stárostin.

8. Antes del inicio de la liga soviética de otoño de 1936, Antonín Fivébr se mudó a Leningrado y fue sustituido en el banquillo del Spartak por Mijaíl Kozlov, catedrático de Juegos Deportivos en el Instituto de Cultura Física de Moscú.

VI. La Plaza Roja

1. N. Stárostin, *Futbol skvoz' gody*, Moscú, 1989, p. 32.

2. Para dar un efecto de mayor verosimilitud, alrededor del campo se creó una pista de atletismo, cuya superficie se dividió en calles.

3. N. Stárostin, op. cit., p. 33.

4. Ibid., p. 34.

5. Ibid., p. 35.

6. An. Stárostin, Bol'soj futbol, Moscú, 1964, p. 173.

VII. Los vascos

1. En ese periodo la Unión Soviética estaba todavía excluida de las competiciones deportivas internacionales oficiales. Fue aceptada en 1952 con motivo de las Olimpiadas de Helsinki, en las que la selección de fútbol fue eliminada por Yugoslavia en los octavos de final.

2. N. Stárostin, Futbol skevoz' gody, Moscú, 1989, p. 37.

3. Para la ocasión, los moscovitas se reforzaron con futbolistas procedentes de sus semejantes Dinamo Tbilisi y Dinamo Leningrado.

4. N. Stárostin, op. cit., pp. 37-38. En el mismo edificio, y más concretamente en pisos que se asomaban a la misma escalera, vivían Nikolái, Andréi y Piotr Stárostin con sus respectivas familias.

5. Prokofiev volvía a Moscú después de haber dirigido las operaciones para la captura de Dmitri Gaj, legendario comandante del Ejército Rojo durante la guerra civil. Gaj ya había sido detenido, pero, durante un traslado en un furgón blindado, había conseguido escaparse por una ventanilla.

6. N. Stárostin, op. cit., p. 40.

7. Ibid., p. 40.

8. Konstantin Kvasnin. Exjugador del MKS, del Krasnaja Presnya y de los Pisceviki, se convirtió en el nuevo entrenador del Spartak a principios de 1937, sustituyendo a Mijaíl Kozlov, quien volvió a dedicarse a tiempo completo a la enseñanza en el Instituto de Cultura Física de Moscú. El nombre de Kvasnin permanece ligado a una profunda renovación táctica del juego del Spartak, donde introdujo la disposición en W y consiguió, gracias a ello, grandes éxitos en las temporadas de 1938 y 1939, cuando el equipo de los Stárostin ganó tanto el campeonato como la Copa de la Unión Soviética.

9. V. M. Molotov (pseudónimo de V. M. Skvjabin, 1890-1986). Militante bolchevique, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo (1930-1941) y comisario de Exteriores (1939-1949), fue uno de los colaboradores más cercanos de Stalin. Estipuló el discutido pacto de no agresión con Alemania (1939) y participó en las conferencias de los aliados en Teherán, Yalta y Potsdam. Tras la muerte de Stalin fue ministro de Exteriores (1953-1957).

10. Parece curioso que Nikolái Stárostin no mencione el abandono del campo por parte de los jugadores vascos ni siquiera en *Futbol skvoz' gody*, publicado en 1989 y, por lo tanto, no condicionado por la criba de la censura. En el prefacio de

ese volumen, Stárostin puntualiza que los acontecimientos narrados son sustancialmente los mismos que aquellos de sus libros de memorias precedentes, pero que la diferencia está en el distinto grado de franqueza. En la línea de esa premisa, cuenta el episodio del célebre encuentro contra la selección vasca sin omitir los aspectos menos brillantes, como el polémico penalti o la afiliación del árbitro a la Sociedad Polideportiva Spartak.

11. El Spartak adoptó el esquema en W en 1938. Hasta entonces había seguido utilizando la estrategia común a todos los equipos soviéticos: tres defensas, dos centrocampistas y cinco atacantes en línea. El jugador clave para el cambio al nuevo sistema de juego fue el capitán Andréi Stárostin, que retrasó su posición de mediocentro para acabar de defensa central. Los atacantes se dispusieron en W, esto es, los extremos y el delantero centro permanecieron adelantados, mientras que los mediapuntas se retrasaron y se acercaron a la línea de los centrocampistas. Esta innovación táctica, compartida en el campeonato soviético solo por el Torpedo de Moscú, contribuyó al doblete de liga y copa conquistado de forma consecutiva (1938-1939) por parte de los rojiblancos.

12. Krasnyi sport dio una amplia cobertura a este acontecimiento: análisis técnico, entrevistas, etcétera. Sin embargo, no incluyó ninguna declaración de los vascos ni mención alguna a la actuación arbitral.

13. N. Stárostin, op. cit., p. 42. En realidad, la expulsión de Ivan Kozmacev fue derogada en dos ocasiones: de hecho dirigió otros dos partidos de liga, bastante intrascendentes, respectivamente en 1938 y 1940.

14. N. Stárostin afirma que, según los cálculos efectuados, en caso de accidente, alrededor del mausoleo de Lenin el nivel del agua no habría alcanzado en ningún caso los 15 centímetros, pero nadie quiso correr el riesgo. Cfr. N. Stárostin, op. cit., p. 43.

15. Entre los once futbolistas que fueron galardonados se encontraban Aleksandr y Andréi Stárostin.

16. N. Stárostin, *op. cit.*, p. 44.

VIII. Beria

1. N. Stárostin, *Futbol skvoz' gody*, Moscú, 1989, p. 47.

2. También fue arrestado el árbitro Vladimir Strepicheev, culpable de haber dirigido el encuentro que el Dinamo perdió contra la selección del País Vasco (4-7).

3. Aleksandr Kosarev (1903) fue arrestado junto con su mujer en 1939, y ese mismo año fue fusilado. La mujer fue deportada al gulag de Norilsk.

4. A las victorias del equipo de fútbol se sumaban los triunfos de otros atletas afiliados al Spartak en un gran número de disciplinas deportivas, del atletismo al voleibol, del esquí a la natación, etcétera.

5. L. P. Beria (1889-1953). Jefe de los servicios de seguridad desde 1938, responsable directo de las represiones estalinistas. Miembro del Consejo Superior de Defensa (1942-1946), después vicepresidente del Consejo. En 1953, tras la muerte de Stalin, tomó el poder junto a Molotov y Malenkov. Acusado de actividades antisocialistas, fue procesado y fusilado.

6. N. I. Yezhov (1895-1940). Comisario general para la Seguridad Nacional (1937) y comisario del Pueblo para Asuntos Internos (1936-1938) fue uno de los responsables directos del terror estalinista. Arrestado en 1939, fue fusilado un año después.

7. N. Stárostin, op. cit., p. 50.

8. Ibid., p. 58.

9. Ibid., pp. 58-59. En un artículo publicado a principios de los años noventa en el semanal Ogonëk y firmado por A. Vainstein, el episodio fue reconstruido citando las memorias de N. Stárostin. El relato concuerda con cuanto aquí se ha transcrito, a excepción de un último comentario de Beria: «Pero, a decir verdad, ahora es más difícil que pueda escaparse...», que no figura en el texto del que disponemos.

10. Ibid., p. 66. En el mismo colegio, el número 175 del barrio de Sverdlovski, estudiaba también la hija de Stalin, Svetlana.

IX. El arresto

1. S. S. Salnikov (1925-1984). Se le considera uno de los jugadores más técnicos de la historia del fútbol soviético. Crecido en el Spartak de Moscú, también jugó en el Zenit de Leningrado y en el Dinamo Moscú, pero, justo tras su reincorporación (1955), Nikolái Stárostin quiso que volviera al Spartak (por ello, en esos años, se difundió el rumor de que Sergéi era su hijo natural). Fue

campeón olímpico con la selección soviética en Melbourne en 1956. Se retiró en 1960 para comenzar una larga y exitosa carrera como periodista deportivo.

2. An. Stárostin, Bol'soj futbol, Moscú, 1964, pp. 199-200.

3. G. M. Malenkov (1902-1988). Secretario privado de Stalin (1932), desempeñó un rol importante en las grandes represiones de los años 1935-1938. Tras la muerte de Stalin asumió plenos poderes, aunque rápidamente lo acompañó N. Jruschov. Se opuso a la desestalinización y fue alejado de todo cargo en 1957.

4. N. Stárostin, Futbol skvoz' gody, Moscú, 1989, p. 63.

5. En marzo de 1918, F. Dzerzhinski transfirió la sede de la Checa (fundada en Petrogrado en diciembre de 1917) a Moscú, a un grande y tétrico edificio que había albergado a una compañía de seguros, en la céntrica calle de Bolshaya Lbianka. Desde ese momento, los servicios secretos soviéticos y rusos, con sus varias denominaciones, no han cambiado jamás de sede.

6. N. Stárostin, op. cit., pp. 64-65.

7. Y. Dombrovski, La facultad de las cosas inútiles, trad. de Marta Rebón, Sexto Piso, Madrid, 2015.

8. N. Stárostin, op. cit., p. 69.

9. Ibid., p. 76.

10. En realidad, esa posibilidad les estaba vetada a los presos políticos.

11. El proceso tuvo lugar en octubre de 1943, ante un tribunal militar de la Corte Suprema.

12. N. Stárostin, op. cit., p. 82.

X. El gulag

1. Ujtá. Ciudad industrial fundada a la orilla del río que lleva su mismo nombre, en la República de Komi, en el norte de Rusia.

2. Inta. Ciudad industrial situada también en la República de Komi, a orillas de un río del mismo nombre.

3. De esta manera, Nikolái descubrió el lugar en el que Aleksandr expiaba su condena.

4. N. Stárostin, *Futbol skvoz' gody*, Moscú, 1989, p. 89.

5. Una parte importante de los futbolistas de los equipos militares (Dinamo, CDKA) que disputaban el campeonato del Lejano Oriente estaba constituida por jóvenes jugadores de los equipos de Rusia Occidental que en ese momento prestaban servicio militar.

XI. Vasili Stalin

1. V. I. Stalin (1921-1962). Hijo de Iósif Stalin y Nadezhda Alilúyeva. Piloto militar, a los veinte años se trasladó al frente con el rango de mayor. Durante la guerra abatió un avión enemigo, ganó numerosas condecoraciones e hizo carrera en muy poco tiempo, hasta llegar al rango de general de brigada en 1947. El mismo año fue nombrado comandante de la aeronáutica militar del distrito de Moscú. Por esa época ya mostraba cierta predisposición al alcoholismo. Fue relevado en 1952 por orden directa de su padre. Tras la muerte del dictador (el 5 de marzo de 1953), Vasili se negó a abandonar Moscú, como le había propuesto el ministro de Defensa, Bulganin, y dimitió de la aeronáutica. Poco después (el 28 de abril) fue arrestado y condenado a ocho años de cárcel por propaganda antisoviética y prevaricación. Expiada la pena, no se le permitió volver a establecerse en Moscú ni en Georgia. Eligió como residencia Kazán, ciudad en la que murió.

2. N. Stárostin, *Futbol skvoz' gody*, Moscú, 1989, p. 113.

3. *Ibid.*, p. 114.

4. *Ibid.*, p. 115.

5. *Ibid.*, p. 116.

6. Ibid., p. 118.

7. Ibid., p. 120.

8. Ibid., p. 120.

9. Ibid., p. 121.

10. Ibid., p. 121.

11. Según el testimonio de Nikolái Stárostin, Vasili Stalin no se cuidaba de ocultar su odio feroz hacia Beria (que, por su parte, intentaba enfrentarlo con el padre), acompañando incluso el nombre del enemigo con palabras malsonantes, sobre todo en presencia de gente que las podían referir al interesado.

12. Ibid., p. 124.

13. Ibid., p. 124.

14. Ibid., p. 124.

15. Ibid., p. 125.

16. Ibid., p. 125.

XII. La segunda vida

1. I. A. Netto (1930-1999). Centrocampista. Entre 1949 y 1966 jugó en el Spartak de Moscú, con el que conquistó cinco campeonatos y tres copas de la Unión Soviética. Con la selección fue campeón olímpico en 1956 y campeón de Europa en 1960.

2. N. P. Simonjan (1926). Delantero. Entre 1949 y 1959 jugó en el Spartak de Moscú, con el que ganó cuatro campeonatos y dos copas de la Unión Soviética. Durante tres temporadas fue máximo goleador de la liga soviética. Con la selección conquistó la medalla de oro en las Olimpiadas de Melbourne de 1956.

3. En ambos casos fue destituido de su puesto por oponerse a las intromisiones de los dirigentes del club en su trabajo. Las dos veces volvió a ser contratado para remediar una situación crítica del equipo, que durante uno de estos breves periodos de ausencia experimentó la vergüenza, por primera vez en su historia, de descender a segunda división.

4. El primogénito Nikolái sobrevivió a sus otros tres hermanos menores: Aleksandr murió en 1981, Andréi en 1987 y Piotr en 1993.

Palmarés

Palmarés

Año de fundación: 1935

12 veces campeón de la Unión Soviética:

1936 (otoño), 1938, 1952, 1953, 1956, 1958, 1962, 1969, 1979, 1987, 1989.

10 veces ganador de la Copa de la Unión Soviética:

1938, 1939, 1946, 1947, 1950, 1958, 1963, 1965, 1971, 1992.

10 veces campeón de Rusia:

1992, 1993, 1994, 1996, 1997, 1998, 1999, 2000, 2001, 2017.

3 veces ganador de la Copa de Rusia:

1994, 1998, 2003.

1 vez ganador de la Supercopa de Rusia:

2017.

6 veces ganador de la Copa de la CEI (Comunidad de los estados independientes):

1993, 1994, 1995, 1999, 2000, 2001.

Bibliografía

Bibliografía

VV. AA., Vsesojuznoe fizkul'turno-sportivnoe ordena Lenina obščestvo Dinamo, Moscú, 1956.

VV. AA., My is Dinamo, sbornik očerkov i statej o sportmenach i kollektivach ordena Lenina fizkul'turno-sportivnogo obščestva Dinamo, Moscú, 1968.

VV. AA., Dinamovcy v bojach za Rodinu, sbornik, Moscú, 1975.

VV. AA., Futbol'nyj klub Spartak Moskva. Oficial'naya isterija 1922-2002, Moscú, 2002.

AKIMOV, A., Zapiski vratarja, Moscú, 1953.

AKIMOV, A., Agra futbol'nogo vratarja, Moscú, 1978.

ALEČIN, P., Spartak Moskva. Programma sezona 1989, Moscú, 1989.

BERLJAND, G., Spartak i spartakovcy. Kniga-al'bom, Moscú, 1985.

BYKOVSKAJA, I., Homo somatikus: aksiologija čelovečeskogo tela, Moscú, 2000.

CURLETTO, M. A., «Fuori dal campo», en Diario del mese, 21 de enero de 2005, pp. 133-135.

DASAEV, R. y L'VOV, A., Komanda načinaetsja s vratarja, Moscú, 1986.

DASAEV, R. y L'VOV, A., My vse-odna komanda, Moscú, 1992.

DUCHON, B. y MOROZOV, G., Spartak Moskva, Moscú, 2001.

EDELMAN, R., «A small Way of Saying “No”: Moskow Working Men, Spartak Soccer, and Communist Party, 1900-1945», en American Historical Review, diciembre 2002, pp. 1441-1474.

ESENIN, K., Spartak Moskva, Moscú, 1974.

GORBUNOV, A., Spartak Moskva. Fotoal'bom, Moscú, 1993.

GOROCHOV, N., Spartak, ¡ljubov' moja!, Moscú, 1992.

GORJANOV, L., Kolumby moskockogo futbola, Moscú, 1983.

GRANATKIN, V., Il'in S., Naši futbolisty. Spartak Moskva, Moscú, 1949.

IL'IN, AL., Nevozmoznyj Beknov, Moscú, 1989.

IL'IN, AN., My byli pervymi, Moscú, 1978.

JAKUZKIN, M., Večnaja tajna futbola, Moscú, 1988.

KRAEVA, G., Melodija poryva, Moscú, 2000.

KRAEVA, G., Spartak. Lider v rakurse vremeni, Moscú, 2001.

LAPICKAJA, L., Byt rabočich trëchgornoj manufaktury, Moscú, 1935.

MARTINOV, M., Ljubimaja igra, Moscú, 1955.

MERZANOV, M., Igraet Spartak, Moscú, 1963.

NETTO, I., Eto-futbol, Moscú, 1964.

NIZENBOJM, E. y RASINSKIJ, V., Ot mkc do Spartaka, Moscú, 2000.

OLEŠŠČUK, JU., «Mistika Spartaka», en Portekspress zurnal, número 10, p. 86, Moscú, 1999.

OLEŠŠČUK, JU., «Fanaty vremën Bobrova», en Portekspress zurnal, número 11, pp. 10-14, Moscú, 1999.

PARAMONOV, A., Igra poluzazitnikov, Moscú, 1964.

RATNER, A., Starostiny, Moscú, 2000.

RODIONOV, V., Rossijskij futbol za 100 let, Moscú, 1997.

ROMM, M., Ja boleju za Spartak, Almaty, 1965.

SIMONJAN, N., ¿Futbol-tol'ko li igra?, Moscú, 1989.

STARODUBCEV, A., «Pervye zaga», en Portekspress zurnal, número 10, pp. 38-40, Moscú, 1999.

STÁROSTIN, AL., Rasskaz kapitana, Moscú, 1935.

STÁROSTIN, AN., Bol'šoj futbol, Moscú, 1957.

STÁROSTIN, AN., Povest' o fútbol, Moscú, 1973.

STÁROSTIN, AN., Vstreči na futbol'noj orbite, Moscú, 1978.

STÁROSTIN, AN., Flagman futbola, Moscú, 1988.

STÁROSTIN, N., Zvězdy bol'zogo futbola, Moscú, 1967.

STÁROSTIN, N., Moi futbol'nye gody, Moscú, 1986.

STÁROSTIN, N., Futbol skvoz' gody, Moscú, 1989.

VINOKUROV, V. y KUČERENKO O., Dinamo Moskva, Moscú, 1973.



«E il naufragar m'è dolce in questo mare»

